

LA NUEVA RAZA

CLARK CARRADOS

LA NUEVA RAZA

CLARK CARRADOS

Depósito Legal: B - 7209 – 1961

Núm. de Registro: 120 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

El guardia dirigía la circulación tranquilamente en el centro del cruce. Su labor no exigía agobio alguno. En los últimos tiempos, el número de automóviles había disminuido considerablemente, quizá más de la mitad. Por supuesto, máquinas voladoras no se veía ninguna; ni aviones ni helicópteros surcaban los cielos. La navegación aérea estaba reservada a los "peces".

También la astronáutica era cosa exclusiva de los "peces". Y muchas cosas más, cuya enumeración se haría larguísima. Entre ellas, la tenencia y utilización de toda clase de armas.

¿Todas? Quizá nos hemos equivocado. Los "peces" eran listos, listísimos, pero, a fin de cuentas, su cerebro era humano y, como tal, sujeto a posibles fallos.

Uno de éstos había sido no considerar como armas los tiradores infantiles. De otro modo, los hubieran confiscado también, como las

pistolas, los cañones y las bombas nucleares.

Por tanto, el guardia de tráfico ignoraba qué era un tirador. No había visto en su vida el popular artefacto hecho a base de una horquilla, de madera o de metal, con dos tiras elásticas unidas por un trozo de cuero o badana. Es posible que de haberlo sabido, hubiera adoptado las oportunas precauciones conducentes a la preservación de su propia existencia.

Los niños eran tres, y cada uno de ellos tenía su correspondiente tirador. Estaban agazapados en una esquina próxima, observando con curiosidad los movimientos casi mecánicos del guardia “pez”. La edad media de los niños era de unos nueve o diez años.

Jimmy parecía ser el cabecilla de la pequeña banda. En su mano derecha sostenía con gesto especulativo, impropio de sus pocos años, un puñado de guijarros de río, limpios, redondos, duros. Teddy y Nat tenían igualmente su correspondiente provisión de guijarros.

—Dicen que el cristal resiste todos los proyectiles —murmuró Nat.

—¿Por qué no lo probamos? Tenemos nuestro tirador y nuestras piedras. Tirarle una no es cosa difícil —exclamó Teddy.

—Dejadme a mí; yo lo haré primero —dijo Jimmy.

Como jefe de la banda, su proposición ni siquiera fue discutida. Sin embargo, hubo una objeción.

—¿Dónde nos escondemos, si resulta que el cristal resiste? —preguntó Nat, con expresión concentrada.

Jimmy miró en torno a él.

—Allí —concluyó por decir, señalando una valla que separaba la acera de un solar.

Los tablones que la componían faltaban en muchos sitios y en otros se caían a pedazos. El solar estaba cubierto de inmundicias y abundaban los matorrales crecidos de modo espontáneo. Para unos chiquillos avezados a corretear por su cuenta, no resultaba difícil ocultarse en aquel lugar.

—Yo tiraré el primero —dijo Jimmy, colocando un guijarro en el cuero del tirador—. Tú, después, Teddy. Nat lo hará el último.

No hubo discusión alguna; la jefatura de Jimmy hacía largo tiempo que había sido implícitamente aceptada y sus órdenes se acataban con una disciplina verdaderamente prusiana.

Mientras distendía los elásticos del tirador, Jimmy se mordía los labios. El tiro iba a resultar un poco difícil. La calle era ancha y era preciso añadir la anchura de la acera. En total, unos doce metros. Pero hacía tiempo que estaban cerradas las escuelas, que les sobraban horas y horas para dedicarse a sus travesuras y, por tanto, a entrenarse con sus tiradores. Jimmy estimaba que no podía fallar el tiro.

Las gomas alcanzaron su punto máximo de extensión. Jimmy tenía la mano derecha junto a su ojo y la otra todo lo lejos que le permitía la longitud de su brazo. El ojo izquierdo estaba cerrado, a fin de efectuar una mejor puntería.

Abrió los dedos de la mano derecha y el guijarro partió raudamente, silbando como una bala. El guardia se revolvió como si hubiera sido picado por un áspid y empezó a frotarse vigorosamente el hombro izquierdo.

—Ahora tú —dijo Jimmy, furioso por haber fallado el tiro.

Teddy disparó a su vez. La piedra alcanzó al guardia en el muslo, haciéndole daño. Era un proyectil que pesaba lo menos cuarenta gramos y se notaba su impacto sobre la carne, aunque fuese a través de una distancia de doce metros.

—Tú también —exclamó Jimmy, alborozado por no haber sido el único en errar el tiro.

Mientras tanto, el guardia, saltaba cómicamente sobre un solo pie, frotándose vigorosamente la parte alcanzada. Buscaba con la vista a los osados autores del atentado.

—Pero yo, no —murmuró Nat, soltando su guijarro. Nat acertó.

La piedra dio de lleno en el casco de vidrio del guardia, rompiéndolo. Una pequeña catarata de agua brotó al instante del interior del casco roto por el proyectil.

El guardia abrió la boca espasmódicamente, tratando de tragar la mayor cantidad de agua posible. Se llevó las manos al cinturón, buscando el aparato que daría la señal de alarma.

—¡Se rompió! —exclamó Nat estupefacto.

—¡Buena la hemos hecho! —dijo Jimmy.

—Se va a morir —gimió Teddy—. Ahora nos matarán a todos.

El guardia se había desplomado en el pavimento, pateando convulsivamente, en medio de un charquito de agua. Los coches que circulaban empezaron a frenar bruscamente en un principio y a

huir a todo correr después. Nadie se detuvo a prestar socorro al infeliz que agonizaba.

En el siguiente tumulto, dos automóviles chocaron con tremendo estrépito. Las llamas envolvieron bien pronto aquel montón de chatarra, pero no hubo quien se cuidara de llamar a los bomberos. Por el contrario, todo el mundo tenía prisa en huir de la ciudad.

Porque todos sabían que había muerto un "pez" y donde moría un "pez" violentamente, el lugar era arrasado sin compasión.

* * *

Antes de morir, el guardia tuvo tiempo de lanzar su señal de alarma. Ésta fue debidamente registrada en un lugar situado en el fondo del Atlántico Norte, en una curiosa ciudad submarina edificada a casi cuatro mil metros de profundidad y a unos centenares de kilómetros al oeste de las Azores.

El "pez" de guardia en el servicio de alarma vio iluminarse una luz roja en el cuadro de señales. Sabía lo que aquello significaba y pasó el aviso a la Junta Consultora.

—Se reciben señales de peligro procedentes del número FD 32-A 4156—dijo con voz monótona.

—¿Situación?

—Ordenador del tránsito rodado en la ciudad de Anderson, Indiana, Estados Unidos —contestó el encargado de la alarma, con voz desprovista de inflexión.

—Gracias —dijo el miembro de la Junta Consultora que había recibido el aviso. Estaba en una gran habitación, reunido con otros varios miembros. Les miró con ojos fríos, inexpresivos—. Uno de nuestros hombres ha sufrido un ataque.

—¿Por parte de los terrestres? —preguntó alguien.

—Sí, por supuesto.

—Convendría informarse circunstancialmente del ataque. Mientras tanto, que se dispongan las unidades necesarias de represalia. Solicítese también toda la información posible acerca de la ciudad de Anderson.

—De acuerdo.

El Consultor núm. 4 tomó nuevamente el teléfono y llamó a un par de secciones, pidiendo unos datos. Luego marcó otro número.

—¿Sección de Represalias?

—Sección de Represalias de servicio. Todo listo para entrar en

funcionamiento cuando se desee, señor.

—Bien. Disponga lo necesario para el castigo de una ciudad de ciento cincuenta, a doscientos mil habitantes. Información le dará los datos precisos sobre la misma. Pase a la Sala el mando de disparo.

—A la orden, señor.

El Consultor núm. 4 colgó el teléfono. Miró a sus colegas.

—Ya sólo falta esperar las respuestas.

Pasaron unos minutos, muy pocos. Los Consultores estaban sentados en torno a una mesa que hubiera podido pasar por la de juntas de una empresa cualquiera a no hallarse, como los que se sentaban en torno a ella, sumergida en el agua. Cada sitial tenía una ranura y por una de ellas apareció de repente una tarjeta metálica, grabada con unos signos incomprensibles para todo aquel que no estuviese iniciado en su conocimiento.

El Consultor núm. 4 leyó las cifras y letras grabadas en la tarjeta y luego la pasó a su compañero. Éste la leyó igualmente y después la entregó al siguiente y así sucesivamente.

Sonó el zumbador. El Consultor núm. 4 tomó el teléfono.

—¿Sí? —murmuró cortésmente.

—El número FD 32-A 4156 ha muerto.

—Gracias —contestó el Consultor núm. 4 y colgó.

Miró a sus compañeros.

—Ha muerto. ¿Qué resolución se impone?

—La adecuada en estos casos, naturalmente.

—Gracias, colegas —contestó el Consultor número 4 con gesto impasible.

El teléfono sonó nuevamente. Levantó el auricular.

—Sección de Represalia al habla. Todo dispuesto, señor.

—Gracias.

El Consultor núm. 4 colgó una vez más el teléfono. Frente a él, como cada uno de sus colegas, tenía un botón rojo. Puso el dedo índice encima y apretó sin más trámites.

* * *

Desde un punto situado en el fondo del Atlántico Norte, una docena de poderosos cohetes se elevaron hacia lo alto. Dejaban tras de sí una larga estela de burbujas blanquecinas.

Su ascensión fue lenta en un principio, con una velocidad apenas

superior a la que hubiera llevado un objeto menos denso que el agua y que, naturalmente, hubiera ascendido por sí solo a la superficie.

Pero a medida que los cohetes ganaban altura, ganaban igualmente velocidad. Finalmente, emergieron fuera de las aguas, en medio de una impresionante nube de vapor y espuma, atronando el espacio con los feroces bramidos de sus chorros.

A partir de aquel momento, los cohetes adquirieron una velocidad realmente vertiginosa. En pocos segundos rebasaron la barrera del sonido.

A un par de kilómetros de aquel lugar, se encontraba un pesquero dedicado a sus faenas. Sus tripulantes eran portugueses de las Azores. Vieron surgir el conglomerado de cohetes y percibieron en el daño de sus oídos el atronador bramido de aquellos ingenios.

Uno tras otro, los pescadores se persignaron religiosamente. Sabían lo que iba a suceder.

—Que Dios acoja en Su seno a los que van a morir —dijo un pescador piadosamente.

El grupo de cohetes, navegando a velocidades vertiginosas, alcanzó rápidamente las capas superiores de la atmósfera. Aún subieron a más altura, fuera, al espacio, donde no había ya aire.

* * *

El servicio de alarma de la ciudad submarina recibió otro aviso casi a continuación del anterior. Procedía de una de las estaciones espaciales de vigilancia en torno al globo terráqueo.

—Se acerca una nave extraña, con todas las características de un ingenio terrestre —dio la posición del aparato en el espacio y concluyó—: Solicito instrucciones.

—Aguarde a que pase su aviso a la Junta Consultora. Permanezca a la escucha mientras tanto.

El vigilante del cuadro de alarmas pidió comunicación con la Junta Consultora. Esta vez su aviso fue recibido por el Consultor núm. 7.

—Muy bien —decidió—. Reciban a sus tripulantes de acuerdo con las normas establecidas para estos casos. Sean pacíficos, si ellos lo son. En caso contrario, destrúyanlos.

—Bien, señor.

* * *

Los cohetes continuaban ascendiendo. Bien pronto alcanzaron una altura de dos mil trescientos kilómetros. Ésta era la cota máxima de su trayectoria parabólica, y a partir de aquí, empezaron a descender.

La velocidad aumentó hasta los diez mil kilómetros a la hora. Al acercarse a las capas superiores de la atmósfera, los chorros de freno hicieron disminuir un tanto la marcha, lo suficiente para que aquellos mortíferos artefactos no ardieran al solo roce con la atmósfera.

Los doce cohetes iban agrupados, separados entre sí por una distancia escasa de doscientos metros. Formaban una especie de polígono de ocho lados, en cuyo centro había cuatro cohetes. Los otros ocho eran los vértices del octógono.

A doscientos kilómetros de altura, los cohetes empezaron a separarse, adquiriendo una trayectoria ligeramente divergente, aunque imperceptible, sin embargo. Poco a poco, la separación fue aumentando hasta que entre cada cohete hubo un espacio de unos mil metros.

A cincuenta kilómetros de altura, y de un modo instantáneamente simultáneo, cada cohete se fraccionó en otros doce, por supuesto, más pequeños. Aun así, el tamaño de los nuevos cohetes era aterrador: medían doce metros de largo por tres de grueso.

La velocidad se redujo hasta quedar ligeramente por encima de la del sonido. Era interesante que no se oyera su llegada.

* * *

Los guardias “peces” de Anderson habían recibido, apenas se supo la muerte del número FD 32-A 4156, orden de alejarse de la ciudad. Como eran los únicos que disponían de medios aéreos para hacerlo, pronto estuvieron a una distancia suficiente para no temer nada de la represalia.

No se molestaron siquiera en impedir la huida a todos cuantos quisieron huir. Al contrario, les interesaba que se supiera lo que iba a pasar.

Tampoco fueron muchos los que pudieron huir de la ciudad condenada a muerte. Entre el fallecimiento del guardia y la orden de represalia apenas si habían transcurrido cinco minutos. Y los cohetes no necesitaban mucho más de diez para llegar a su blanco.

* * *

A quinientos metros de altura, los cohetes empezaron a estallar.

El intervalo entre cohete y cohete era ahora de doscientos cincuenta metros, de modo que el diámetro del polígono era ahora de unos cuatro kilómetros. Esto venía a dar una superficie de cerca de quince kilómetros cuadrados, extensión mayor que la que ocupaba Anderson en la Tierra.

El estallido fue simultáneo. Ciento cuarenta y cuatro cohetes hicieron explosión con un aterrador estruendo, formando una especie de traca gigantesca, cuyos fogonazos hicieron palidecer sobradamente la luz del día. El explosivo de los cohetes era de una terrible potencia y sus efectos, aumentados por la onda de concusión, resultaron centuplicados.

En pocos segundos, la ciudad de Anderson quedó literalmente borrada del mapa. Fueron muy escasos los edificios que consiguieron mantener alguna de sus paredes en pie. El noventa y nueve por ciento resultó barrido, como si un gigante mitológico hubiera emitido su poderoso soplo sobre la llanura.

Unas ciento cincuenta mil personas resultaron muertas instantáneamente, bajo los escombros de la antes floreciente ciudad de Anderson. Ni siquiera vivieron los que se habían escondido en los sótanos; la potencia de aquellos explosivos era tal, que incluso éstos fueron hundidos. Y, como, por otra parte, los “peces” no permitían mantener refugios antiatómicos...

Cinco minutos más tarde, una espesísima humareda se alzaba al cielo, indicando con sus negras volutas la suerte que acababa de correr la ciudad cuyos habitantes habían tenido la osadía de matar a uno de los “peces” que actualmente se enseñoreaban del planeta.

* * *

Buck Kealey estaba sentado ante el puesto de pilotaje de su astronave. Manejaba los controles con suma delicadeza, ya que se acercaba uno de los momentos más temidos por todo astronauta: el de equiparar la órbita de su nave con la de la estación espacial que le habría de servir para llegar a la Tierra, mediante el enlace con una de las naves volanderas auxiliares.

La astronave se hallaba a unos dos mil trescientos kilómetros de la superficie. Pronto la estación espacial sería algo más que una simple mancha difusa en la pantalla del radar.

Súbitamente, un grito de alarma llamó la atención de Buck. Provenía de la misma cámara, donde uno de sus tripulantes, Ole Bengson, estaba contemplando el globo terráqueo a través de la mirilla más cercana.

—¡Por todos los soles de Capella! —juró Bengson—. Buck, mira.

Kealey levantó la cabeza. Lo hizo con tiempo justo para divisar terriblemente cercanos a su nave, doce cohetes que ascendían raudamente en el cielo, dejando tras de sí sendos chorros de fuego amarillo-verdoso que dañaba intensamente las pupilas.

Uno de los cohetes pasó tan sumamente cerca de la nave que, a no ser por la velocidad tan enorme que llevaba, hubieran podido distinguir fácilmente a simple vista las cifras de identificación. Las manos de Kealey se crisparon sobre los mandos direccionales de la nave, pero no tuvo tiempo de imprimir a ésta ningún cambio de rumbo. Antes de que hubiera podido hacer algo en tal sentido, los cohetes no eran ya más que un recuerdo en su mente.

Bengson se le acercó, pasándose un pañuelo por la frente empapada en sudor.

—¡Cristo! Creía que uno de esos artefactos iba a embestirnos.

—Poco le ha faltado, en efecto —contestó Buck sumamente pensativo y no poco irritado—. Alguien está jugando a las guerras por zonas prohibidas y le voy a calentar las orejas apenas ponga el pie en Tierra.

—¿Has registrado el paso de esos cohetes en la grabadora automática?

—Supongo que sí, Ole.

—Bien, pues ésa será una prueba decisiva para la demanda. Apriétale los tornillos sin miedo. Que aprendan a respetar las órbitas de acercamiento al planeta, ¡los muy...!

Buck movió el mando de la radio. Sintonizó la onda de la estación espacial y llamó:

—Aquí, astronave *Reina Ana*. Oiga, estación espacial.

La respuesta no se hizo esperar.

—Estación espacial al habla. ¿Qué desea de nosotros, *Reina Ana*?

—Escuche, hace apenas unos segundos, alguien ha lanzado unos cohetes que...

—Estamos enterados de ello, *Reina Ana*. Acérquese a la estación espacial y no se preocupe de más.

—Pero es que han estado a punto de…

—Lo sabemos todo, *Reina Ana*. Repito: acérquese a la estación y olviden el resto.

Buck cerró con gesto irritado el mando de la radio. Miró ceñudo al frente.

—Esos tipos me van a oír en cuanto les eche el ojo encima. Ya lo creo que me van a oír. Por la gloria de Salomón que…

Pero cuando el irritado Buck y su no menos irritada tripulación hubieron pasado a bordo de la estación espacial para someterse a las operaciones convenientes de aduana, policía y sanidad, se encontraron con algo que les hizo olvidarse instantáneamente de los motivos que tenían para estar encolerizados.

CAPÍTULO II

E

l individuo que les recibió, hubiera podido pasar por un terrestre, a no ser por dos circunstancias, que constituían sendas diferencias fundamentales.

En primer lugar, el individuo no llevaba su cabeza al descubierto, sino que la tenía enfundada en un casco cilíndrico, absolutamente transparente, rematado en su parte superior por una cúpula semiesférica. El casco iba unido por su parte posterior a algo que parecía unos depósitos de oxígeno como los que usan los aficionados a las inmersiones submarinas, aunque, por su apariencia, mucho mas pequeños y livianos. El casco, en fin, estaba lleno de agua.

El segundo detalle era el color y la textura de la epidermis del individuo. La piel era de un singular tono verdoso azulado, no demasiado fuerte, y toda ella cubierta de finas escamas que brillaban de un modo resplandeciente. De no haber sido por estas diferencias, el individuo hubiera podido pasar perfectamente por un humano terrestre.

Buck, su segundo Ole Bengson y el resto de la tripulación, contemplaron boquiabiertos al individuo que había salido a recibirles a la esclusa. Contemplaron con aire absorto la extraña

visión, sin acertar a expresar verbalmente la impresión que les había causado.

Buck miró de arriba a abajo al hombre escamoso, cuya única vestimenta consistía en un simple “slip” y un par de livianas sandalias, sin notarle ninguna arma encima. A menos, pensó, que se considerase como arma el raro cinturón que le sujetaba el “slip”, cinturón que tendría unos diez centímetros de ancho y en cuya parte delantera se veían unas extrañas cajitas de la misma anchura por dos centímetros de grueso, provistas de varios botones e indicadores, y cuyo objeto se le escapó por el momento.

El primero en reaccionar fue Almeida, un moreno portugués que tenía a su cargo toda la parte concerniente a la ingeniería de la nave. Almeida consultó su reloj calendario y exclamó:

—No sé; quizá hemos pasado demasiado tiempo en el espacio, pero me parece que todavía no es época de Carnaval. ¿Por qué se disfrazó, amigo?

El individuo le miró con benigna expresión y sonrió. Luego volvió la vista hacia Buck.

—¿Capitán Kealey, comandante de la *Reina Ana*?

—El mismo —contestó Buck. Esperó a que el otro le hablase, antes de hacer la serie de preguntas que se agolpaba en los labios.

—Bienvenido a la Tierra, capitán, usted y su tripulación. Me llamo Skipfer y pueden dirigirse a mí por este nombre, sin tratamiento alguno. En el momento actual, soy el jefe de esta estación orbital y tengo el mando absoluto de la misma en todo cuanto concierne a su orden y mantenimiento técnico.

—Bueno —contestó Buck—, encantado de conocerle, Skipfer. Pero, sin duda, querrá explicarnos...

—Más adelante, por favor —dijo Skipfer—. Les daremos unos folletos donde encontrarán todas las explicaciones necesarias que les permitirán darse cuenta del nuevo orden de cosas que reina actualmente en su planeta. Ahora, si tienen la bondad de seguirme, realizaremos las operaciones habituales que corresponde ejecutar cuando llega una astronave procedente del espacio.

—Pero...

El gesto de Skipfer, aunque suave, era enérgico. Buck y sus compañeros se vieron obligados a seguirle, tratando de conservar la serenidad.

Pasaron a una habitación donde se encontraban las oficinas de la estación espacial. Allí había más individuos de la misma raza que Skipfer, los cuales apenas les concedieron atención, concentrándose en su trabajo como si no hubiera sucedido nada de particular.

Cruzaron la cámara y penetraron en otra estancia. Una vez allí, Skipfer se sentó tras una mesa y, tomando papel y lápiz, se dispuso a efectuar unas anotaciones.

—Usted, capitán, se llama Buck Kealey y tiene treinta y tres años, ¿no es cierto?

—Sí, aunque...

—Es nacido en Norfolk, Virginia, ex Estados Unidos. Tengo su ficha aquí, como igualmente las de los pocos astronautas que todavía quedan por el espacio. Sería, pues, inútil que tratase de mentirme, capitán Kealey.

—Escuche —dijo el joven, que se iba cargando de cólera a medida que transcurría el tiempo—. Yo no trato de engañarle, Skipfer; lo único que deseo (y mis hombres también) es que nos aclare este maldito embrollo que...

Skipfer sonrió melifluamente.

—Más tarde, capitán, más tarde —dijo—. Ahora, por favor, conteste a mis preguntas. ¿Cuál es la carga de su astronave?

Buck hizo un gesto de resignación.

—Oro. Encontramos un yacimiento en...

—Ah, sí —dijo Skipfer—. Lo había olvidado. Vienen ustedes de Saturno. Pertenecen a ese penoso y arriesgado oficio que se ha dado en llamar “mineros del espacio”, cuyos profesionales se pasan la vida investigando en los pedruscos que componen los anillos de tan singular planeta. ¿Se les dio bien el yacimiento?

—No podemos quejarnos. Fue largo y costoso, pero... al fin...

—Muy bien, prosigamos. Dice que trae oro. ¿Refinado, en polvo o en lingotes, capitán Kealey?

—Son siete toneladas y media y eso es todo lo que le interesa, a efectos aduaneros, Skipfer —replicó el joven—. La forma en que venga el oro carece de importancia.

—Tiene razón —concordó Skipfer—. Lo más interesante es el peso. Dice que son siete toneladas y media. Bien, mis hombres lo comprobarán. Realmente, es una buena carga, capitán. Naturalmente, tendrá que pagar los derechos correspondientes de

aduana…

—¡Un momento! —explotó Buck, cuya cólera le rebosaba por todos los poros de su cuerpo—. Hace ya cuatro años largos que estamos fuera de la Tierra. Cuando nos fuimos, el mineral de cualquier clase procedente de cualquier astro de nuestro sistema, no pagaba derechos de aduana a menos que viniese ya transformado en objetos de utilidad o adorno. El oro que traemos viene en lingotes. ¿Por qué diablos…?

—Ahora se pagan derechos de aduana —declaró Skipfer con voz helada—. El noventa por ciento, concretamente, capitán Kealey.

El silencio que siguió a continuación era tan helado como el tono de voz de Skipfer. Los tripulantes de la nave se miraron unos a otros, llenos de una consternada irritación.

Después se produjo el estallido. Todos los tripulantes de la *Reina Ana*, a una, empezaron a hablar, chillando como energúmenos y dirigiendo a Skipfer sus variados insultos, en media docena de idiomas diferentes.

Pero Skipfer escuchó aquello como quien oye llover. Cuando el tumulto se hubo acallado un tanto, sonrió.

—Les perdono en gracia a que son ustedes recién llegados a la Tierra e ignoran las circunstancias actuales de la vida en su planeta. —De pronto la voz de Skipfer se endureció—. Pero es la última vez que se les tolera una expansión semejante. La próxima todos ustedes serán enviados a trabajar en nuestras minas de uranio, situadas a doce mil metros bajo la superficie de las aguas.

Skipfer hizo una corta pausa.

—Ahora en la Tierra mandamos nosotros. Nosotros, el pueblo de los hombres-peces, como ustedes han dado en llamarnos. Y cualquier atentado contra uno de nosotros, aunque sea verbal, es castigado fulminantemente con la muerte inmediata del agresor y de cuantos le rodean, sean dos o dos millones. ¿Se enteran?

Buck y sus hombres se miraron llenos de aprensión. No sabían nada, solamente veían que tenían ante ellos a un individuo que, según sus propias palabras, no era terrestre, pero que, sin embargo, mandaba allí. Skipfer no iba armado, pero daba una sensación de fuerza y poderío ilimitados contra los cuales no había forma humana de luchar.

—Hace tan sólo unos minutos —declaró Skipfer con voz

inexpresiva—, alguien mató a uno de los nuestros. Fue sencillo, una pedrada en el casco y, al derramársele el agua contenida en el mismo, murió, ya que nosotros sólo podemos respirar el oxígeno disuelto en el agua. Eso sucedió en la ciudad de Anderson, Indiana, ex Estados Unidos. Quince minutos más tarde, Anderson fue borrado del mapa con todos cuantos humanos vivían en ella.

Uno de los tripulantes se tambaleó repentinamente.

—¡Anderson! —exclamó roncamente. Buck miró al que acababa de hablar. Era Edward Goggles, experto en minería y un as en su especialidad.

Buck le pasó las manos por los hombros.

—Ánimo, Ed —le dijo.

Goggles le miró a través de las lágrimas que inundaban sus ojos.

—Toda mi familia vivía en Anderson —declaró dramáticamente.

Se produjo un gran silencio en la cámara, roto momentos después por la metálica voz de Skipfer.

—Lo siento, señor Goggles, pero alguien de su ciudad quebrantó la regla y mató a uno de los nuestros. La ley es inmutable en casos como el presente.

—¡Será su ley! —exclamó Goggles salvajemente—. Pero no es una ley de personas civilizadas. Donde existen éstas, se busca al criminal y se le castiga, en lugar de aniquilar brutalmente a ciento cincuenta mil personas. ¿Qué clase de seres son ustedes? ¿De qué pasta están hechos que no les importa asesinar a ciento cincuenta mil personas con tal de vengar la muerte de uno solo de los suyos?

—Preferiría no entrar en más explicaciones acerca del asunto, señor Goggles —dijo Skipfer fríamente—. Son ustedes ahora, prácticamente, nuevos en su planeta y desconocen por completo las modificaciones que se han producido en estos cuatro años que han permanecido ausentes. Espero que pronto se impongan de la realidad de las cosas y sean unos ciudadanos más de los que ahora cumplen y respetan la ley de los hombres-peces. Tomen ustedes; léanlos y procuren enterarse bien de lo que se dice en estos folletos. Una vez lo hayan hecho, no podrán alegar ignorancia como excusa para no sufrir el castigo que se les imponga por haber violado nuestro código legal.

Skipfer tomó un puñado de folletos y levantándose, empezó a distribuirlos entre los recién llegados astronautas. Su actitud era de

confianza en su propia superioridad y tan absortos estaban los miembros de la tripulación de la *Reina Ana*, que ninguno de ellos se atrevió a inferirle el menor daño.

—Y ahora, capitán Kealey, si no le importa, usted y yo vamos a discutir algunos puntos técnicos relacionados con su viaje y su nave. Mientras tanto los miembros de su tripulación, pueden aguardar en la sala contigua. Por favor —se dirigió a éstos—, procuren portarse correctamente.

—No hagan nada que pueda comprometerles —recomendó el joven—. Cuando haya terminado, ya acordaremos lo que debemos hacer.

Los tripulantes salieron. Algunos de ellos consolaban al aturdido Goggles, el cual continuaba lamentándose de la horrible suerte corrida por toda su familia. Pero, en general, todos estaban aturdidos y asombrados y no acababan de creer aún en lo que les estaba sucediendo.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Skipfer volvió detrás de su mesa, sentándose en el sillón. Sonrió.

—Siéntese usted, capitán —dijo—. Tenemos que hablar de su nave. ¿En cuánto la valora usted?

—No recuerdo exactamente —contestó el joven—. Tendría que consultar los libros de a bordo, aunque, desde aquí, puedo anticiparle que son bastantes millones.

—Bien. Nuestro gobierno le abonará el importe del valor de su nave, añadiendo, además, el equivalente a setecientos cincuenta kilos de oro, décima parte del que transporta usted, según sus propias manifestaciones. Efectuaremos la valoración y luego se le entregará un cheque contra el banco que prefiera.

Buck se quedó sin aliento.

—¡Qué! ¿Piensan despojarme de mi nave? —exclamó.

Skipfer sonrió benignamente.

—Sí —declaró—. Aparte de que nosotros, los hombres-peces, la estimamos anticuada, el nuevo código penal de la Tierra prohíbe taxativamente la navegación por el espacio. Ningún hombre nacido en su planeta, capitán, puede salir del mismo... a menos que se considere oportuno enviarlo a Aquatyc.

—¡Aquatyc! —repitió el joven, estupefacto.

—Sí —afirmó Skipfer—. Ésa es la traducción más aproximada

del nombre de nuestro planeta. Le damos tal nombre porque…

Skipfer se interrumpió al ver que se abría la puerta. En el primer momento, frunció el ceño, pero su expresión varió al instante de modo radical, adoptando una actitud de servilismo.

Se puso en pie lentamente, mientras Buck, terriblemente intrigado, volvía la cabeza. Al instante abrió la boca, sin querer dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

Era una mujer-pez. Alta, de formas exquisitas, llevaba su cuerpo mal cubierto con un brillante traje de baño de color rojo y se calzaba con unos inverosímiles zapatos de tacón alto. No se le veían los cabellos porque los tenía escondidos bajo un segundo casquete de goma o algo por el estilo, con el fin de que no le estorbaran al mover la cabeza dentro del casco respiratorio.

Pero su epidermis era idéntica a la de Skipfer y ello le hacía perder, indudablemente, buena parte de su encanto.

En el lado izquierdo inferior del casco tenía, al igual que Skipfer, el micrófono que le servía para escuchar y emitir sonidos, aunque con una pequeña diferencia. Consistía en una placa redonda situada sobre el micrófono. La placa era de esmalte rojo y tenía grabados tres triángulos en oro, colocados simétricamente en el interior de la misma. «Algún distintivo de mando», pensó Buck.

—Oh —exclamó ella—, no sabía que estuvieras ocupado, Skipfer.

—Para un Triple Triángulo —dijo el aludido cortésmente— siempre estoy dispuesto. ¿Tienes algo que mandarme, Lutzia?

La mujer-pez miró con curiosidad -bastante complacida, al parecer- a Buck. Sonrió, enseñando unos dientes blanquísimos y -el joven se estremeció- bastante afilados.

—Preséntanos, ¿quieres? —dijo Lutzia con voz insinuante.

Skipfer obedeció. Ella alargó su mano, estrechando la del joven, que experimentó un violento estremecimiento al notar la helada frialdad, que se le hizo repulsiva, de aquel miembro.

Ella lo notó y se echó a reír.

Dijo:

—Ya se acostumbrará usted, capitán Kealey. Está recién llegado a la Tierra y por eso se le hacen aún extrañas muchas cosas, ¿no es así?

Buck trató de recuperarse.

—Su belleza no es la menor de todas... —se cortó ligeramente—. ¿Cómo debo tratarla? ¿Señora... señorita...?

—Llámeme Lutzia a secas —rió ella—. Entre nosotros no existen los tratamientos; sólo los nombres. ¿No le parece?

—Al menos —declaró el joven—, veo que tienen algo bueno.

Los ojos de Lutzia brillaron un instante. Pero enseguida volvió a sonreír.

—Nosotros tenemos muchas cosas buenas que usted ignora todavía, capitán. Bien, por ahora no le quiero molestar más. ¿Skipfer?

—Estoy a tus órdenes, Lutzia —contestó el requerido con suma deferencia.

—He venido al mando de un grupo de naves que suben una partida de condenados. Voy a confiarlos a tu custodia hasta que se hallen en condiciones de viajar a Aquatyc. Acompáñame, ¿quieres?

—Tú me mandas, Lutzia.

Ésta se volvió hacia el joven, alargándole nuevamente la mano.

—No es preciso decirle cuánto me ha complacido conocerle, capitán. Espero tener la suerte de volver a verle de nuevo.

—La suerte, en todo caso, será mía —contestó Buck, haciendo una leve inclinación de cabeza.

Lutzia y Skipfer salieron del cuarto, dejándole allí abandonado a su suerte. Entonces Buck trató de ordenar sus pensamientos. Aún dudaba si no estaba sufriendo una pesadilla.

Encendió un cigarrillo. Luego, sin darse cuenta del impulso que le arrastraba, salió de la estancia.

Atravesó la otra habitación sin que ninguno de los hombres-peces que allí había le opusiera la menor resistencia. Efectuaban sus trabajos con la misma oficinesca imperturbabilidad que lo hubieran hecho unos terrestres corrientes.

Buck conocía la estación espacial. Como todas, era grande y poseía una serie de dependencias destinadas a los fines a que había sido construida: oficinas, almacenes, salas de espera, un bar, etc.

Se dirigió al bar de modo mecánico, ansiando tomarse una copa de licor que le hiciera olvidarse, siquiera fuera momentáneamente, de cuanto acababa de ocurrirle. Sus hombres estaban allí también, pero ninguno en el mostrador.

El bar estaba separado de las salas de espera por una gran pared

de vidrio transparente para atravesar la cual era preciso utilizar las puertas que se habían construido de modo estratégico. Pero ahora resultaba imposible franquear dichas puertas, ya que estaban guardadas cada una de ellas por dos hombres-peces sólidamente armados.

Los tripulantes de la *Reina Ana* tenían los rostros pegados al vidrio, contemplando el inusitado espectáculo que se ofrecía al otro lado. Había al menos dos centenares de personas, de ambos sexos, de una edad comprendida entre los quince y los cuarenta años. Estaban amontonadas de una manera abyecta, vigiladas férreamente por dos docenas de aquellos seres, también armados. Los prisioneros apenas si hablaban entre sí. Parecían profundamente abatidos y muchos de ellos, lo mismo hombres que mujeres, lloraban en silencio.

CAPÍTULO III

C

omo un sonámbulo caminaba Buck por las calles de su ciudad.

Apenas le parecía verdad lo que estaba viendo. Cuatro años atrás había dejado Norfolk en medio de una deslumbrante prosperidad y ahora, al cabo de aquel tiempo, la ciudad había experimentado un tremendo cambio.

—¡Y qué cambio, Dios mío! —murmuraba el joven, viendo la poca intensidad del tránsito rodado y la abulia y pereza que se reflejaba en los rostros de las personas con que se cruzaba.

Por supuesto, la ciudad estaba limpia y bien cuidadas sus calles. Pero nada más. Había algo indefinible en el ambiente, algo que no era posible describir con palabras, pero que, indudablemente, tenía una completa conexión con la presencia de los hombres-peces en ella.

No se veían muchos. De cuando en cuando, en los lugares de más tránsito, se divisaba uno de aquellos repelentes seres dirigiendo la circulación. También había algunos que deambulaban por las calles, arrojando curiosas miradas a los escaparates de las tiendas, tan descuidados y mal provistos, a pesar de su limpieza, como Buck

no hubiera podido imaginarse jamás.

El joven estaba pensando en todo lo que había visto y en lo que le había sucedido desde su llegada a la estación espacial. Pensaba en Skipfer y en cuanto habían hablado y también pensaba en aquellas pobres gentes que había visto hacinadas en la sala de espera, aguardando el momento de ser embarcados como reses en alguna de las naves de los hombres-peces para ser desterrados a Aquatyc.

También pensaba en su propia nave y en el cargamento de la misma, aunque esto ocupaba un lugar secundario en su cerebro. Lo importante era... la nueva situación de la Tierra.

Skipfer no había sido muy explícito sobre este punto. «Ya se enterará por sus amistades», le había dicho. Pero era el caso que los amigos a quienes había visitado se habían portado de una manera tan reticente que el joven había llegado a imaginarse que tenían las lenguas atadas, de modo que, por el momento, había renunciado a hacer más indagaciones, en espera del lugar, el momento... y el amigo oportunos.

Al despedirse, Skipfer le había dicho: «No pierda ese folleto por nada del mundo, capitán Kealey. Hará constar en él sus datos personales, sin omitir ni falsear ninguno de ellos. Cualquier alteración en los mismos, lo mismo que su pérdida, podría acarrearle gravísimos perjuicios.» Y él había preguntado: «¿Qué perjuicios, Skipfer?» Y Skipfer había respondido: «El destierro de por vida en Aquatyc», después de lo cual había dado por concluida la entrevista.

Algo le sacó de su abstracción, volviéndole a la realidad de la vida. Fue un tropezón con alguien a quien no había visto, sumido en sus poco agradables pensamientos.

—Documentación —le pidió seca y perentoriamente el hombre-pez con quien había chocado de modo involuntario.

—¿Documentación? —repitió el joven, atónito. De pronto, recordó—: Ah, sí. Dispénseme —se excusó con humildad. Por el momento no tenía ganas de sufrir ningún contratiempo.

Sacó el folleto que le entregara Skipfer, cuyas hojas estaban metalizadas para evitar una fácil destrucción y se lo entregó al individuo, cuyas pupilas le contemplaban con cierta hostilidad.

Se fijó en la placa roja situada sobre el micrófono. Había

grabados cinco puntos dorados sobre la misma. ¿Qué significaban?

El hombre-pez examinó atentamente la libreta y no pareció encontrar en ella inconveniente alguno. Se la devolvió al joven, reprendiéndole.

—En lo sucesivo, procure mirar por donde anda, terrestre —dijo.

—Sí, señor. Le ruego me dispense, señor —contestó Buck.

—He tomado nota de su número y su cifra —siguió el hombre-pez—. Pasaré el aviso a la Sección de Represalias. Otra infracción como ésta podría costarle cara. Y se la paso por alto, porque me he dado cuenta de que es usted recién llegado del espacio y no está todavía muy al tanto de las nuevas costumbres de su planeta.

—Es usted muy amable, señor —contestó el joven, inclinándose.

Esperaba que aquel gesto le agradase al hombre-pez. Éste refunfuñó algo entre dientes y se alejó.

Cuando Buck se hubo quedado solo, sacó el pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—¡Uf! —murmuró—. Vaya un tipo poco agradable. —Y siguió su camino.

De pronto, oyó una voz que pronunciaba su nombre. Se volvió.

Era una mujer, joven y esbelta, de cabellos rubios y ojos azules que le miraba con expresión agradable y sonriente. Estaba en la puerta de una tienda que antaño había tenido mucho éxito, pero que ahora aparecía vacía y sin clientes.

—¡Octavia! —exclamó Buck—. Octavia Glandale.

Fue hacia ella y cogió sus manos afectuosamente.

—Buck —dijo Octavia, conmovida—. No sabes cuánto me alegro de verte.

—También yo a ti —dijo el joven. Sin soltarla de las manos, retrocedió un poco y la miró ligeramente—. Estas aún más hermosa que cuando me fui.

Ella enrojeció ligeramente. Sonrió, en tanto se soltaba de las manos del joven.

—Pasa adentro —dijo—. No te quedes ahí.

Buck accedió y entró en la tienda, hallándola casi desprovista de los artículos que habitualmente se expendían en ella. Octavia se dirigió a una puerta que había tras el mostrador y llamó:

—Sal, papá. Acaba de llegar un buen amigo. —Se volvió hacia Buck—. Papá se alegrará mucho de verte, palabra.

—Y yo también —contestó el joven.

Salió un hombre. No era aún viejo, sólo tendría unos cincuenta años; pero parecía de más edad a causa de sus hombros un tanto cargados y la cabeza ya casi completamente blanca, indicios seguros de la pena interior que le devoraba.

Sin embargo, sonrió al ver a Buck y le abrazó afectuosamente.

—¡Buck Kealey! —exclamó—. No sabes cuánto me alegro de verte, hijo.

—Lo mismo me sucede a mí, señor —contestó el joven, íntimamente conmovido—. Lo veo magníficamente conservado.

El señor Glandale hizo un gesto despectivo con la mano.

—Quita allá, muchacho. Tu sí que te encuentras bien. —Guiñó un ojo a la muchacha—. ¿No es cierto, hija?

Octavia se echó a reír.

—Mi testimonio sería parcial, papá —respondió, y todos se echaron a reír.

Pasados los primeros momentos, Glandale dijo:

—Octavia, hija, ¿por qué no nos preparas algo de comer? Es ya casi la hora y creo que Buck no nos hará el desprecio de rechazar nuestra humilde mesa.

—Al momento, papá —contestó la muchacha, adentrándose en el interior de la casa—. Venid los dos; os serviré mientras tanto un combinado.

Buck movió la mano en círculo a su alrededor.

—¿Deja la tienda abandonada, señor? —exclamó.

—¡Bah! —Glandale se encogió de hombros—. ¿Quién crees tú que puede necesitar ahora unos palos para golf o unos esquíes para la nieve? En la situación actual, la gente se preocupa muy poco de los deportes. Cometí un error al montar una tienda de este género al retirarme; hubiera acertado mucho más de haber puesto una carnicería. Vamos, vamos adentro, hijo; seguramente tendrás muchas cosas que contarme.

—Y usted también a mí, señor —dijo Buck, siguiendo a su huésped.

Pasaron al interior. Octavia vino con una bandeja y copas y los tres brindaron por el feliz encuentro. Después la muchacha dijo:

—Sentaos por ahí. En unos minutos tendré lista la comida.

Glandale señaló un diván y los dos hombres tomaron asiento.

Frente al diván estaba la puerta abierta de la cocina, a través de la cual se veía trastear a Octavia.

Buck relató todo cuanto le había sucedido, cosa que Glandale escuchó con infinita atención. En otros tiempos, Glandale había sido comandante de astronave, precisamente en la misma donde Buck había empezado su carrera como tercer oficial, y sólo cinco años antes se había visto obligado a retirarse, a causa de una inoportuna explosión radiactiva, que motivó su baja en el servicio. Buck estaba muy agradecido a su antiguo comandante, puesto que bajo su mando se había convertido en un experto astronauta y le apreciaba sinceramente.

Al terminar dijo:

—Bien, y ahora, ¿por qué no me explica usted qué es lo que ha sucedido? He hablado con varios de mis amigos, pero todos ellos se mostraron muy reticentes y apenas si me quisieron decir nada. Francamente, llevo ya una semana en Norfolk y estoy tan desorientado como cuando me recibió uno de esos pescados con dos patas en la estación orbital.

—En realidad —contestó Glandale, recostándose en el diván—, hay muy poco que contar. Vinieron aquí un buen día y se hicieron los amos, eso es todo.

—Pero... eso es absurdo, increíble. Somos un mundo civilizado, terriblemente poderoso. ¿Cómo pudieron claudicar nuestros gobernantes de modo tan vergonzoso? ¿Es que entre ellos no había ni uno solo con dos dedos de frente? ¿Todos se volvieron cobardes de repente?

Glandale suspiró. Desde la cocina, Octavia dijo:

—Hacerse el valiente con esos tipos es lo mismo que suicidarse, Buck.

—Mi hija tiene razón, muchacho —contestó el ex astronauta—. Los “peces” como les llamamos por aquí para abreviar, vinieron un buen día, hace ya alrededor de tres años. En principio, pidieron nuestro sometimiento. Naturalmente, el gobierno de las naciones se negó. Entonces bombardearon unas doscientas ciudades de las más importantes de la Tierra, arrasándolas absolutamente. Nueva York, Buenos Aires, Tokio, Moscú y decenas y decenas de ciudades más son hoy lugares calcinados donde ni las ratas pueden vivir.

»Tratamos de resistir en un principio. Todas nuestras armas

fueron anuladas de un modo total y absoluto. Tanto valdría que les hubiéramos tirado con piedras. Perdimos aquella breve y terrible guerra, al precio de varios cientos de ciudades más. La verdad es que no sé todavía cómo Norfolk se mantiene en pie. Mi mujer —el rostro de Glandale se ensombreció repentinamente— estaba en Filadelfia, visitando a su hermana. Filadelfia es hoy un montón de escombros.

Glandale se puso en pie, visiblemente agitado. Empezó a pasearse de un lado para otro, con las manos a la espalda.

—Naturalmente, la resistencia cesó casi en el acto, cuando la gente vio que las ciudades eran destruidas de un modo tan radical. En pocas semanas se hicieron dueños absolutos de la Tierra. Naturalmente, han permitido que tengamos una forma de autogobierno, pero siempre que se cumplan las leyes que ellos han dictado. La más pequeña infracción de las mismas supone terribles castigos.

—He oído decir que Anderson fue destruida hace unos días.

—Sí. Algunos fugitivos lograron escapar. Uno de ellos dijo que unos chiquillos rompieron el casco protector de un guardia de tráfico. Naturalmente, el guardia murió a los pocos instantes. Cada uno de los “peces” lleva en su interior un aparato con el que da la alarma. Tuvo tiempo suficiente de manejarlo. No se pararon a pensar que había sido una travesura infantil, bien reprobable por otra parte. Ellos sólo miraron que había muerto uno de los suyos. Bien, cuarto de hora mas tarde, un “erizo” de ciento cuarenta y cuatro bombas estalló sobre Anderson, destrozando la ciudad en un instante y matando en el acto a sus ciento cincuenta mil habitantes.

»Todas las ciudades de la Tierra corren el mismo riesgo —siguió Glandale con su sombría relación—. Si aquí hubiese alguien lo suficientemente loco como para matar a uno de los “peces”, todos nosotros moriríamos a los quince minutos, y el nombre de Norfolk sería tachado de todos los mapas.

Buck escuchó horrorizado la relación que le hacía su huésped. Cuando se hubo recobrado un tanto, preguntó:

—¿De dónde proceden esos salvajes?

—De un planeta que nadie sabe donde está, pero cuyas características conocemos bien, gracias a las propias descripciones que ellos mismos nos han hecho. Su nombre, en nuestro idioma, es

Aquatyc, y ello se deriva de que es un mundo totalmente sumergido bajo las aguas.

—Así se explica —dijo el joven pensativamente— que lleven esos cascos.

—Justamente —replicó Glandale—. Salvo su forma casi completamente humana, son iguales que peces, es decir, respiran el oxígeno disuelto en el agua. Por eso llevan cascos, junto con el aparato renovador del oxígeno, que toman de nuestra atmósfera para utilizarlo ellos una vez realizadas las operaciones pertinentes dentro del transformador.

—Y en estado normal vivirán debajo del agua, claro.

—Así es —concordó Glandale—. Además, poseen, sin excepción, una memoria fenomenal. Les basta ver una vez un rostro o leer, por ejemplo, el número de la cartilla de identificación que te han asignado, para recordarlo durante toda su vida, con la precisión de una máquina. Hay pocos, relativamente, en cada ciudad, pero nos tienen tan esclavizados como si hubiese diez de ellos por cada uno de los terrestres.

—Y sus mujeres son muy bonitas —exclamó Octavia desde la cocina—. Lástima de escamas, de lo contrario, harían el doble de conquistas.

—¡Cómo! —exclamó Buck, completamente estupefacto—. ¿Pero es que entre los terrestres y los... las... mujeres-peces hay... ha habido...?

Glandale emitió una seca risita.

—No son muchos los casos, pero los hay, indudablemente. Consideramos a esos hombres como traidores, aunque, naturalmente, no podemos hacerles daño por temor a su Sección de Represalias. Se han producido algunos casos de mestizaje y ellos consideran al que se ha casado con una mujer-pez y a su vástago como cosa propia.

—Pero... eso es absurdo. Los hijos... no...

El ex astronauta movió la cabeza afirmativamente.

—En mi opinión, más que el dominio de la Tierra y sus riquezas -y son terriblemente ávidos de lo uno y de lo otro- más que nada buscan eso: liberarse de su condición acuática, por medio de un mestizaje que les permita, poco a poco, en unas cuantas generaciones, ser exactamente iguales a nosotros. Los primeros hijos

mestizos tienen ya la piel con muchas menos escamas que ellos y pueden respirar largo rato de nuestra atmósfera, aunque de vez en cuando han de ponerles sus cascos con agua. Sus científicos calculan que a la cuarta generación serán ya absolutamente idénticos a nosotros.

Buck hundió la cabeza entre las manos.

—Sería horrible —dijo.

—Efectivamente —concordó Octavia, empezando a disponer la mesa—. Porque lo de menos es crear una nueva raza y gracias a ello vivir en paz. Pero nadie puede evitar el recuerdo de los cientos de millones de vidas humanas que ha costado eso hasta ahora, ni las pérdidas materiales, imposibles de calcular. Y aun ello sería lo de menos, si no tratasen de crear la nueva raza para dominar por completo y para siempre a los que no procedan de ellos. Se ha abatido sobre nosotros una feroz tiranía, que nos ha sumido en la peor de las esclavitudes, sin esperanzas, además, de liberarnos de ella por ahora.

—¿Y se sabe dónde está Aquatyc? —preguntó Buck.

Glandale meneó la cabeza.

—Ven, sentémonos a la mesa. No —prosiguió—, nadie sabe dónde se encuentra ese misterioso planeta. Es cierto que muchos han ido allí, pero nadie ha vuelto para contar cómo le ha ido.

—Vi en la estación orbital a muchas personas esperando ser transportados a Aquatyc —dijo Buck.

—Son los condenados a trabajar de por vida en las minas submarinas de uranio —contestó Octavia, sirviendo la sopa—. Por la menor falta que cometas, y que tarde o temprano es descubierta, te arrestan y trasladan a Aquatyc. No valen excusas ni disculpas con esos tipos; su ley es rápida, dura e implacable.

—En las estaciones orbitales —añadió Glandale— tienen equipos quirúrgicos donde por, procedimientos que desconocemos, son transformados los pulmones en branquias capaces de respirar el oxígeno disuelto en el agua. Una vez llegan a Aquatyc, el resto es fácil de suponer.

Buck se horrorizó al escuchar tales noticias. Jamás hubiera podido creer, si no lo estuviera viviendo, que existiese una raza de seres inteligentes con tanta y tan refinada crueldad.

—Sólo se llevan a los jóvenes y aptos para el trabajo —dijo

Octavia, y al oír esto, Buck miró a Glandale.

Éste inclinó tristemente la cabeza.

—Sí, muchacho —murmuró con acento pesimista—. Si yo cometiera algún delito, por leve que fuera, me matarían inmediatamente. No quieren nada con los viejos y gastados como yo. Si no pueden sacar provecho de nosotros en Aquatyc, nos eliminan con la misma piedad que tendríamos nosotros con una alimaña. Vivimos en un terror perpetuo que nos hace desconfiar hasta de nuestra propia sombra.

Octavia suspiró.

—Y lo malo es que no se vislumbra el menor rayo de luz en esta oscuridad perpetua que nos envuelve. No, no hay esperanza alguna para nosotros, los terrestres.

—«Abandonad toda esperanza, oh vosotros, los que vivís aquí» —murmuró el joven, parafraseando a Dante.

Hubo un momento de silencio. Después, Octavia sonrió:

—Dejemos esto, ¿quieres? La sopa se está enfriando, Buck.

—Claro —contestó el joven, sumamente pensativo.

Empezaron a comer en silencio. Unos minutos después sonaron pasos en la tienda.

Todos se volvieron a mirar hacia la puerta de acceso al comedor. Ésta se abrió y la imagen de uno de los opresores se dibujó bajo el marco.

Era Lutzia.

CAPÍTULO IV

L

a joven de Aquatyc había cambiado su vestimenta por un somero "dos piezas" de detonante color amarillo, el cual contrastaba curiosamente con el tono azul verdoso de su epidermis, más claro, no obstante, que en los varones de su raza. Lutzia sonreía discretamente, aunque no podía evitar una postura de orgullosa superioridad, común a todos sus congéneres.

Los dos hombres se pusieron en pie. Octavia, sin embargo, permaneció sentada con aire desafiante. Glandale se dio cuenta del

detalle y se turbó.

—Ponte en pie, hija —murmuró.

—No se moleste, señorita Glandale —dijo—. No me afecta su desdén, aunque crea todo lo contrario. Tampoco he venido a verla a usted ni a su padre, sino al capitán Kealey.

—Estoy a su disposición, Lutzia —contestó el aludido.

—Por supuesto —dijo ella con indiferencia—. Acompáñeme, ¿quiere?

—Permítame antes despedirme de mis anfitriones —rogó el joven. Lo hizo así, estrechando con fuerza las manos de Glandale y de Octavia—. Espero volver a verles pronto.

—Te esperaremos, Buck —dijo ella, mirando significativamente a Lutzia.

—Vuelve cuando quieras, hijo —manifestó Glandale—. Siempre serás bien recibido en esta casa.

—Regresaré lo antes que pueda. Adiós, señor Glandale. Adiós, Octavia.

Lutzia volvió la espalda y salió de la habitación. Buck la siguió, admirando la finura de líneas de la mujer-pez, cuyos andares no carecían ciertamente de gracia y majestuosidad a un tiempo.

En la calle les esperaba un vehículo, conducido por uno de los congéneres de Lutzia. Éste se precipitó obsequiosamente a abrir la portezuela y el joven, observador, advirtió que el individuo sólo tenía un punto dorado en su disco rojo. «Debe pertenecer –supuso- a uno de los rangos inferiores.»

Cedió el paso a Lutzia y luego penetró él en el vehículo, de blandos y mullidos asientos. Sin previa orden, el conductor lo hizo arrancar suavemente, llevándolo al centro de la calzada.

—Octavia Glandale es muy hermosa —dijo Lutzia al cabo de unos momentos de silencio.

—Es algo innegable —contestó fríamente el joven.

Ella se volvió para mirarle.

—¿Más que yo? ¡Oh! —rió nerviosamente—, olvidaba que usted me contempla con ojos terrestres, capitán Kealey.

—Su belleza es notable, Lutzia; tampoco se puede negar. Pero es por completo diferente a la de la señorita Glandale y... bueno, supongo que usted no me ha ordenado acompañarla para hacer de París y otorgar la manzana de oro, ¿verdad?

Lutzia se recostó en el asiento.

—Conozco parte de la mitología terrestre. Eran tres beldades y sólo había una manzana de oro para la más bella. París, el hermoso París, había de dar el codiciado premio.

—Yo no soy París —dijo Buck.

Ella rió.

—¿Quién sabe? —exclamó. Miró por la ventanilla—. La ciudad está muy descuidada. Sus habitantes tendrían que hacer algo más por hermosearla.

—¿Y quién tiene ganas de nada semejante en las actuales circunstancias? —arguyó el joven.

—No me venga con monsergas de tal índole capitán —dijo ella —. Le supuse un poco más inteligente que todo eso. Lo hecho, hecho está y no tiene remedio.

—¿Usted cree? —dijo él audazmente.

Lutzia posó sobre Buck la mirada de sus ojos fríos y crueles. El color de las pupilas era de un verde intenso, brillante, auténtico, no como el descrito frecuentemente por literatos y poetas. En cualquier otra mujer, aquellos ojos hubieran supuesto un atractivo más, y terriblemente poderoso. En Lutzia, infundían miedo.

—Ustedes, los terrestres, deben hacerse de una vez por todas a la idea de que se encuentran bajo el implacable y definitivo dominio de nosotros, lo que un filólogo denominaría "aquatycenses". No hay ninguna otra solución; el fuerte sobrevive, el débil sucumbe.

—A veces —dijo Buck reflexivamente—, el débil se fortalece tanto que acaba derribando al fuerte. Y no es necesario que emplee la fuerza para conseguir su victoria.

—Conozco la historia de David y Goliat, capitán —rió ella—. Como puede apreciar, estoy versada en toda clase de leyendas e historias terrestres. Pero —se enderezó un tanto, haciendo resaltar su bien formado busto— no es de temer que en esta ocasión surja un David que nos derribe a nosotros.

—No hay en el universo más que Una Persona que pueda predecir el destino —dijo él gravemente.

Lutzia se encogió de hombros. Nuevamente se reclinó en el asiento.

—¡Bah! —fue todo lo que dijo.

Guardaron silencio, mientras el coche continuaba rodando. Al

cabo de unos minutos, Buck dijo:

—Supongo que no me habrá ordenado acompañarla sólo para discusiones más o menos filosóficas.

—Supone cuerdamente —contestó ella—. Tiene que venir conmigo a recibir el importe de su nave y el oro que transportaba.

—Ah —murmuró él, pensativo. Luego dijo—: ¿Cómo supo dónde me hallaba?

—Somos pocos, relativamente, pero tenemos montado un buen servicio de información. Pronto supe, pues, dónde podría encontrarlo.

—Fue una simple casualidad. No acudí a casa de los Glandale a propósito.

—Eran sus amigos. Si no hubiera estado en su casa, lo hubiéramos hallado en casa de otro o bien en el hotel donde se aloja.

—¿Por qué fue usted en persona a buscarme? Sospecho que debe tener un rango bastante elevado entre los de su especie. ¿Por qué no envió a buscarme con un soldado?

Ella le miró enigmáticamente. Buck se estremeció, intuyendo algo poco agradable.

—No tardará mucho en saberlo —murmuró Lutzia.

Unos minutos más tarde, el conductor detuvo el coche frente a un edificio magníficamente construido y mejor conservado todavía, que el joven reconoció como perteneciente a la antigua base naval de guerra, un día legítimo orgullo de los ahora ex Estados Unidos. En la puerta había dos “peces” armados con aquellos extraños fusiles que Buck viera en la estación espacial, los cuales se pusieron rígidos al ver a la joven.

Lutzia se apeó con desenvoltura y ordenó al chofer:

—Puedes irte. Más tarde conduciré yo.

—Sí, señora —contestó el individuo, impasible.

Lutzia se volvió hacia Buck.

—Sígame, capitán —dijo, y empezó a ascender la escalinata de acceso al edificio. Mientras subía, dijo—: Éste es nuestro Cuartel General de superficie de esta zona. Comprende el espacio comprendido en el paralelo 40 por el norte, el Mississipi al oeste y la costa del Golfo de México hasta Cayo Hueso al sur. Al Este se extiende hasta el meridiano 47 oeste, es decir, más o menos hasta el

centro del Océano Atlántico.

—Un buen trozo, evidentemente —asintió el joven—. Dijo Cuartel General de superficie. ¿Quiere decir —inquirió— que tienen otro bajo el mar?

—Evitemos esa cuestión, por favor —repuso ella con breve sonrisa.

A no ser por la extraña fisonomía de aquellos seres, se hubiera dicho que el Cuartel General funcionaba como en sus mejores días. Por todas partes se veían “aquatycenses” que iban y venían, todos ellos enfundados en sus escafandras llenas de agua, entregados a sus quehaceres.

—La burocracia —dijo ella— es algo de lo cual ni nosotros mismos hemos conseguido liberarnos.

De pronto, Buck divisó un gran arco de piedra o cemento instalado en el centro de un espacioso vestíbulo. El arco estaba perforado en su cara inferior por numerosos orificios, de los cuales caía una continua lluvia de agua. Ésta era recogida en una pileta del tamaño adecuado y luego marchaba por varios orificios de desagüe. Sin titubear en lo más mínimo, Lutzia se metió bajo el agua que caía y estuvo duchándose como un minuto.

Salió al cabo de dicho tiempo, sonriente y satisfecha.

—De vez en cuando, nuestra piel necesita un poco de agua. Es preciso dársela.

—Ah, ya —murmuró él, meditabundo. Lutzia debía ostentar algún cargo verdaderamente elevado, porque era acogida con grandes muestras de deferencia y respeto por todas partes. Llegaron a la puerta de un ascensor y se metieron en él, siendo conducidos por el hombre-pez que lo manejaba al octavo piso.

Una vez allí, Lutzia le condujo a un despacho, tras cuya mesa se hallaba sentado un individuo de gallarda apostura, el cual se levantó inmediatamente al verles entrar. Buck se fijó en el disco de identidad del individuo, advirtiendo que sólo tenía dos triángulos dorados en el mismo.

—Te saludo, Lutzia —dijo el hombre-pez.

—Gracias, Kostar. Éste es el capitán Kealey.

—Encantado de conocerle, capitán —dijo Kostar. Alargó la mano para estrechar la del joven, pero contuvo el gesto apenas iniciado—. Dispénseme —murmuró—, había olvidado que a ustedes no les

gusta mucho tocarnos.

—En todo caso, tengo entendido que se han producido notables excepciones —contestó Buck.

—Pocas para lo que desearíamos —contestó Kostar—. Nuestro anhelo más ferviente es que ambos pueblos se transformen en uno solo y crezcan lo suficiente como para formar la nación más poderosa de todo el orbe.

—Posiblemente —murmuró Buck con acento cortés. No sentía el menor deseo de provocar ningún incidente. Se volvió hacia la mujer-pez—: ¿Era solamente para esto por lo que me trajo aquí, Lutzia?

—¡Oh, no! —contestó ella vivamente—. Kostar, ¿tienes preparada la documentación del capitán Kealey?

—Por supuesto. Aquí está.

Lutzia tomó la carpeta que le ofrecían y la abrió. Examinó brevemente los documentos y luego se la entregó al joven.

—Aquí están los contratos de venta de su nave y del oro, capitán Kealey. Sírvase firmar en los lugares señalados para ello.

Buck sacó una pluma y firmó sin vacilar. Luego fijó su vista en el rectángulo de papel azulado que había prendido con un clip en la parte superior de la carpeta. Era el cheque del importe de “su venta”. Leyó la cifra escrita en el mismo con expresión inescrutable.

—He leído la cartilla que me dieron en la estación orbital —manifestó— y sé que es preciso comportarse delante de ustedes con la mayor corrección y respeto. ¿Puedo expresar, no obstante, que la cifra que han escrito en este cheque es ridículamente baja? ¡Solo un millón de dólares por lo que, seguramente, vale treinta o cuarenta veces más!

—Estimamos que esa cantidad cubre sobradamente sus necesidades y las de sus hombres, capitán —dijo Lutzia impasible—. Guarde esa carpeta… y con ella los demás comentarios —concluyó con voz tajante.

Buck cerró las mandíbulas con seco gesto.

—Sí, señora —contestó.

Después de aquello, se hizo un silencio un tanto incómodo. Lutzia lo rompió, diciendo:

—Todavía no hemos terminado usted y yo, capitán —manifestó—. Bien es cierto que la conversación que ha de seguir es

totalmente privada.

—No me queda otro remedio que obedecer —contestó el joven secamente.

—Está bien. Entonces, sígame.

Lutzia echó a andar, sin mirar siquiera si el joven la seguía. Buck hizo una leve inclinación de cabeza dirigida a Kostar, que le contestó de manera parecida.

Al llegar a la puerta, Lutzia se volvió. Sonreía de una manera singular, pero el gesto no iba dirigido a Buck.

—Kostar —dijo—, se me olvidaba una cosa. El capitán Kealey es muy amigo de Octavia Glandale.

—Ah —fue todo lo que dijo el interpelado.

Y Buck, por su parte, sintió que una garra de hielo le oprimía el corazón, sin saber exactamente a qué se debía aquel presentimiento.

* * *

Lutzia se inclinó y tomó una piedra, arrojándola luego al mar que espumaba a corta distancia de ellos dos. A lo lejos, casi confundidos con el horizonte, se veían los edificios de la ciudad.

—Quisiera que en lugar de una simple piedrecilla fuese una bomba que destruyese todos los mares —dijo, rabiosa.

Buck estaba sentado en la playa. Tenía las rodillas encogidas y las manos apoyadas en éstas. Fumaba tranquilamente. El coche estaba aparcado en la carretera inmediata, por la que apenas circulaban vehículos.

—¿Por qué? —preguntó.

Ella se tocó el casco con ambas manos. Era el suyo un gesto rabioso, irritado.

—Daría cualquier cosa por ser como una de vuestras mujeres —dijo.

—Ah —sonrió el joven burlonamente—, de modo que hay algo en la Tierra que vosotros, los “aquatycenses”, nos envidiáis.

—Sí —exclamó ella. Pateó el suelo un par de veces—. Esto. Las montañas, los desiertos, incluso los páramos helados de los polos. Cualquier cosa sólida nos causa una profunda envidia.

—Nosotros no tenemos la culpa de ello, Lutzia.

Ella le volvió la espalda, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Usted no sabe lo que es vivir eternamente en una perpetua penumbra, en el fondo de las aguas, haciendo vida de pez sin serlo,

sin poder asentar el pie en un sitio sólido que no esté cubierto por los mares. Hemos de comer dentro del agua, dormir bajo la capa líquida, amarnos a miles de metros bajo la superficie de los mares... Nuestro mundo, Aquatyc, está sumergido en una perpetua noche sideral, solamente disipada, en el interior de su único océano, puesto que no hay ni un solo trozo sólido que emerja fuera de las aguas, por la luz artificial que nuestros ingenieros y artesanos han construido. Y así un año tras otro, desde que nacemos hasta que morimos, sin posibilidad alguna de variar...

—¿Y hemos de pagar nosotros las consecuencias de vuestro triste destino? —preguntó Buck.

—Cuando decidimos establecernos aquí —dijo ella, tras una breve pausa—, lo primero que hicieron nuestros enviados fue proponer al gobierno de la Tierra un tratado de paz y alianza mutuas. Se rieron de nosotros, y cuando les amenazamos con la conquista total, expulsaron ignominiosamente a los embajadores. Algunos de los vuestros, ni siquiera creyeron lo que acababan de oír. Pensaron que era una fábula, alguna broma divertida de alguien que tenía ganas de pasar el rato. Pronto tuvieron ocasión de comprobar la certeza de nuestras amenazas —concluyó ella ominosamente.

—Y en vista de que no lograbais conquistarnos por la persuasión, recurristeis a las armas.

—Vosotros nos obligasteis a ello —dijo Lutzia. Se volvió de repente, dándole la cara—. No vinimos a la Tierra por casualidad. De todos los mundos que exploramos previamente, el vuestro era –es- el más adecuado en todos los sentidos. Por eso vinimos aquí.

—Tengo entendido —dijo Buck lentamente— que pretendéis formar una nueva raza a base de mestizaje obtenido con matrimonios mixtos.

—Así es —contestó ella, mirándole fijamente. De pronto se arrodilló en la arena, sentándose luego sobre los talones. Puso las manos sobre los muslos—. Ésa es nuestra intención, Buck Kealey.

El joven se estremeció. La mirada hipnótica de Lutzia le infundía miedo.

Deglutió saliva sin poder evitarlo.

—Vuestros biólogos —expuso— pueden transformar nuestros pulmones en branquias, según creo. ¿No puede realizarse esa

operación a la inversa?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Se ha intentado, pero todos cuantos se arriesgaron a sufrir la intervención, fallecieron. Hubo grandes protestas y fue preciso suspender los estudios. Entonces se recurrió al mestizaje.

—Si lleváis aquí poco más de tres años, forzosamente los primeros niños nacidos de esos matrimonios mixtos han de tener muy poca edad. ¿Cómo sabéis que no morirán antes de alcanzar la edad adulta?

—Vivirán —contestó ella con acento convencido—. Las pruebas realizadas hasta ahora así lo demuestran. Dentro de cuatro generaciones ya no habrá más “aquatycenses”. Todos seremos terrestres —declaró Lutzia con expresión iluminada.

—Y vuestros descendientes formarán una raza elegida que dominará y esclavizará de forma abyecta y repugnante a todos cuantos no sean de su misma condición —exclamó el joven—. ¿Qué pretendéis, entonces? ¿Volveros como nosotros... o aún aumentar más vuestro poder?

Ella sonrió enigmáticamente.

—En todo caso, ¿qué puede importarle a usted tal cosa, capitán Kealey?

—¿Cómo que no me importa? —se sulfuró el joven—. Soy nacido en la Tierra y... —Se calló de repente. La sonrisa de Lutzia se había acentuado y le daba frío.

—Lo sé —murmuró ella con voz insinuante —. Por eso mismo vas a ser mi marido.

CAPÍTULO V

P

ues eso es todo lo que hay —dijo Buck al grupo de silenciosos tripulantes de la *Reina Ana* que estaban sentados en círculo frente a él. Tenía la carpeta con los documentos de venta de la nave sobre las rodillas, después de haber dejado que la examinasen todos.

Faltaban dos de los tripulantes, sin embargo. El segundo Bengson y Goggles, el ingeniero de minas. Buck no se explicaba la

falta de la pareja, pero, cansado ya de esperar, había resuelto aclarar a sus hombres la situación en que se encontraban y hacerles la oportuna rendición de cuentas.

Tenía ya prevenidos los cheques correspondientes. Fue entregándolos uno a uno.

—Lo siento, muchachos —dijo—. Formábamos el mejor equipo de astronautas que nunca surcará los cielos. Ahora, con la nueva situación, es obvio que nuestra sociedad ha de disolverse. Pero no quiero que ninguno de vosotros paséis necesidad, al menos en lo que de mí dependa.

Uno de los tripulantes leyó la cifra escrita en el cheque y lanzó un silbido.

—¡Esto es demasiado, capitán! —exclamó, poniéndose en pie—. Usted nos cede la novena parte de lo que le han dado por el aparato y el oro.

—La nave era suya, capitán —protestó otro—. Estimo que nos da una cantidad muy superior a la que nos merecemos.

Buck meneó la cabeza, sonriendo tristemente.

—Más, mucho más os merecéis, pero, por desgracia, no puedo dároslo. Mi gusto habría sido... —Se calló de repente; estaba muy emocionado.

—¡Malditos "peces"! —juró uno de ellos—. Si no fuera porque si se mata un tipo de ésos destruyen toda una ciudad, ahora mismo me dedicaría a ir rompiendo cascos de agua a garrotazos.

—Ni lo sueñes tan siquiera —dijo Buck severamente—. Podría acarrearte graves consecuencias.

—Lo sé —dijo el tripulante, mordiéndose los labios—. ¡Canallas! —De pronto, inquirió—: Capitán, ¿cómo explica usted que no nos enterásemos de nada mientras estábamos en el espacio?

—Tengo entendido —repuso el joven— que las emisiones de radio eran cuidadosamente censuradas, a fin de evitar filtraciones. A medida que las astronaves regresaban, eran confiscadas sin apelación posible y sus ocupantes -lo mismo que nos ha sucedido a nosotros- relegados para siempre al suelo de la Tierra.

—Lástima —dijo el hombre—. Me gustaba el oficio, palabra.

—Bien, muchachos —suspiró el joven—. Aquí se acaba la historia de la *Reina Ana*. Viviré en Norfolk por ahora y recibiré con gusto vuestras noticias. No dejéis de enviarme una postal por

Navidad.

Estrechó las manos de los seis hombres y se despidió de ellos. Al quedarse solo en la habitación, cayó en un acceso de profunda melancolía.

Se sentía muy desgraciado. Lutzia había puesto sus ojos en él. Así se lo había dicho claramente, añadiendo después que no se había dado un solo caso de que un terrestre, fuera del sexo que fuera, rechazase el requerimiento de uno de los nativos de Aquatyc.

—Tómate todo el tiempo que quieras —había añadido la mujer-pez—. Pero vete haciendo a la idea de que un día u otro serás mi esposo. No lo puedo remediar, me gustaste desde el momento en que te vi en la estación orbital. Entonces decidí que un día u otro me casaría contigo.

Y por más que lo pensaba. Buck no veía ninguna salida a aquel atolladero. En circunstancias normales -se decía- hubiera acabado por abandonar el gremio de los solteros, con el que tan encariñado estaba. No había más que una persona por la cual renunciaría a tan agradable estado de libertad y esa persona era Octavia Glandale. Había pensado mucho en la joven mientras se hallaba en el espacio, aunque hasta el momento, Octavia no sabía nada de sus preferencias. No obstante, consideraba que no le resultaba del todo indiferente y suponía que ella habría acogido con alegría y placer su propuesta. Octavia era una muchacha, además de decente y hacendosa, muy sensata y equilibrada. Y también era muy bella, cosa que la hacía doblemente apetitosa en el buen sentido de la palabra. Pero ahora...

La puerta se abrió bruscamente, cortando en seco sus amargas cogitaciones. Ole Bengson, el ex segundo de la nave, irrumpió en la estancia como un torbellino.

La estampa de Ole Bengson desmentía el tópico habitual de que todos los escandinavos han de ser corpulentos y rubios. Bengson era menudo, cetrino y de cabellos intensamente negros y su vivacidad corría pareja con sus rápidos ademanes.

—¡Capitán! —exclamó nerviosamente—. Han cogido prisionero a Goggles.

Buck se puso en pie de un salto.

—¡Qué! —dijo—. ¿Estás seguro?

—Por completo. Yo también estuve a punto de caer en las garras

de esos malditos “peces” de dos patas. Veníamos hacia aquí cuando nos cruzamos con una pareja de ellos. Goggles, usted lo sabe, anda un poco desequilibrado desde que supo lo de Anderson. Compréndalo; es muy poco agradable volver a la Tierra después de cuatro años y encontrarse sin padres, sin mujer y sin hijos. Vio a aquellos dos tipos y empezó a insultarles. Si no le agarro del brazo, aún la hace más gorda.

—¡Dios mío! —exclamó el joven, palideciendo.

—Se lo llevaron detenido a su cuartel general. No sé qué le harán, capitán. Nada bueno, de seguro.

El joven se mordió los labios. Apreciaba a Goggles, como a todos los miembros de su tripulación y, aun comprendiendo las causas de la momentánea ofuscación de su ingeniero de minas, se daba cuenta del lío en que se había metido.

—Capitán —dijo Bengson—, ¿no puede hacer nada por él?

Buck miró a su segundo y captó en un instante la expresión de ansiedad que se reflejaba en el rostro del escandinavo.

—Trataré de evitarlo —dijo—. Sin embargo… Bien, vayamos al cuartel general.

—Gracias, capitán —dijo Bengson efusivamente.

—¿Por qué? Todavía no he conseguido nada positivo, que yo sepa.

—Lo conseguirá, no me cabe la menor duda.

Buck miró a Bengson. «Está pensando lo mismo que yo —se dijo para sus adentros—. Tengo una poderosa amistad entre los… opresores y cree que ella me ayudará. Lo dudo mucho». Pero no lo dijo en voz alta.

Ninguno de los “aquatycenses” le formuló la menor presunta ni le dijo nada acerca de su presencia en el cuartel general. Se encaminaron al ascensor y éste les transportó hasta el piso octavo.

Llamó a la puerta del despacho de Kostar. Ésta se abrió por sí sola unos segundos más tarde. Kostar se puso en pie, sonriéndoles al verles entrar.

—Me alegro mucho de verle, capitán Kealey. ¿Qué tal se encuentra?

—Perfectamente, Kostar —contestó el joven. Acto seguido presentó a su acompañante. Luego siguió—: Tengo entendido que uno de mis hombres ha cometido una tontería.

Kostar sonrió ambiguamente.

—Es cierto —respondió. Tenía varias carpetas al alcance de la mano y buscó hasta encontrar la que deseaba, hojeando los papeles metálicos de su interior—. Un tal Goggles, creo.

—El mismo —repuso Buck.

Kostar cerró la carpeta con gesto seco.

—Lo siento, capitán —respondió—. Pero no puedo hacer nada por él. Ha cometido una falta y debe repararla.

—¿De qué modo?

—Figúreselo —dijo Kostar, sin dejar de sonreír—. Usted posee una cartilla con las instrucciones pertinentes. Su obligación es leerla hasta que se la sepa de memoria. En ella hallará el castigo consiguiente a los que infringen la ley.

Los dientes de Buck rechinaron perceptiblemente.

—Me gustaría que no llevase usted esa escafandra, palabra —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Kostar.

—Porque así podría machacarle las narices a puñetazos —masculló el joven.

Kostar meneó la cabeza.

—No le recomiendo esos arranques de genio, capitán. Suelen ser perniciosos para un terrestre.

—Estoy de acuerdo con ello. Sin embargo, convendrá conmigo en que tengo el perfecto derecho de intentar todo cuanto me sea posible en favor de mi amigo.

—Por supuesto, capitán Kealey. Nadie se lo impedirá... aunque considero deber mío informarle que el señor Goggles ha sido sentenciado ya y que nuestras sentencias no tienen apelación posible.

—Eso está por ver todavía. ¿Dónde se encuentra Lutzia?

—No puedo indicárselo, capitán. No está en el cuartel general; es todo cuanto puedo decirle.

—¿Está prohibido enviarle un mensaje diciéndole que quiero verla con toda urgencia?

—En absoluto. Lo haré ahora mismo. —Kostar manejó la palanquita interruptora de un intercomunicador que tenía sobre la mesa y habló brevemente a través del aparato en un idioma por completo desconocido para los dos terrestres. Al concluir, se

enfrentó de nuevo con el joven—: Ya está usted complacido, capitán Kealey.

—Gracias —repuso Buck fríamente—. Adiós.

Y se encaminó hacia la puerta en unión de Bengson.

Cuando estuvo a punto de abrirla, Kostar le detuvo.

—¡Capitán!

El joven se volvió sin pronunciar palabra. Observó que Kostar ya no sonreía.

—Según tengo entendido —dijo este último—, es usted muy amigo de la señorita Octavia Glandale.

—Así es, en efecto —contestó el joven secamente.

—Esa amistad... ¿ha alcanzado extremos digamos más profundos?

—No, por ahora, al menos.

Kostar sonrió.

—Gracias, capitán. Eso hará más fácil mi tarea, ¿sabe? Tengo intención de proponerle matrimonio a la señorita Glandale. Es una muchacha muy buena y verdaderamente hermosa.

—Creo conocer un poco a Octavia Glandale —dijo Buck lentamente— y espero que antes de casarse con usted tenga la suficiente sensatez como para pasarse el filo de una navaja de afeitar por su garganta.

Kostar enserió el gesto. Sus ojos despidieron un relámpago de cólera; pero se recuperó casi al instante.

Sonrió y dijo:

—Según tengo entendido, usted no ha buscado esa navaja de afeitar todavía. Y no parece tenga intenciones de hacerlo, ¿verdad? —dijo con acento mordaz.

—Todavía sigo soltero —contestó el joven en el mismo tono. Luego agregó—: Envíeme la respuesta de Lutzia, lo antes posible.

—Será usted complacido, capitán Kealey —contestó Kostar, haciendo una leve inclinación de cabeza.

Una vez en la calle, Buck dijo:

—Llámame a la noche al hotel. Quizá para entonces sepa algunas noticias.

—De acuerdo, capitán —dijo Ole, saludando, y se marchó.

Buck se dirigió entonces a la tienda de los Glandale. Octavia le recibió afectuosamente y le hizo pasar al interior.

—Papá ha tenido que salir —dijo—. ¿Quieres una copa?

—Gracias —contestó él.

Se sentó en el diván, con la copa en la mano. Octavia quedó en pie, observándole atentamente.

—Parece que te veo muy preocupado, Buck —dijo—. ¿Qué te sucede?

El joven necesitaba alguien con quien desahogarse. Mejor la muchacha que nadie y le contó todo cuanto le había sucedido, sin ocultarle nada en absoluto, ni aun lo concerniente a ella misma.

Octavia escuchó la relación con gesto impasible. Pero al terminar, sintió que las piernas le flaqueaban y hubo de sentarse en el diván.

—¡Oh, Buck, Buck! —gimió lastimeramente—, ¿qué va a ser de nosotros?

—Tiene que haber un medio de salir de este embrollo —dijo él rabiosamente—. Son prácticamente invencibles; está demostrado hasta la saciedad. Sin embargo, un hombre lo suficientemente astuto podría asestarles un golpe definitivo, mortífero, que les obligase a abandonar nuestro planeta para siempre.

Octavia meneó la cabeza tristemente.

—No hay posibilidad alguna, Buck querido. Han sido miles los que lo han intentado. Todos fueron severamente castigados y la muerte instantánea no fue el peor de los castigos, créeme.

—Y, sin embargo, existe un medio. ¿Dónde? ¿Cómo emplearlo? ¿Cuál es? Todo consiste en buscar y buscar hasta hallarlo. Y entonces...

La tomó por los hombros con ambas manos y le preguntó:

—Mírame a la cara, Octavia. ¿Es que no sientes escalofríos ante la sola idea de convertirte en la esposa de un ser tan repelente como Kostar?

—Antes me mataría —contestó la muchacha, estremeciéndose profundamente.

—¡No! —exclamó él con vehemencia—. La muerte, nunca. Antes es preciso agotar todas las posibilidades...

—Pero cuando uno de ellos, varón o hembra, elige a un terrestre para que se convierta en su pareja, no se puede incumplir esa orden —arguyó la muchacha.

—¿Y el matrimonio se celebra inmediatamente?

—Oh, no. Según mis informes, los “peces” dejan pasar un tiempo prudencial a fin de que el o la elegida se vayan haciendo a la idea. Entonces… bien, se celebra el matrimonio según nuestras costumbres… y las suyas, por supuesto. Son terriblemente legalistas.

—Lo cual no les impide también ser los más crueles de la creación —Buck se acarició pensativamente el mentón—. Eso que me acabas de decir me ha dado alguna idea. Por lo menos, no tengo que casarme inmediatamente con Lutzia.

—Algunos terrestres lo hacen de modo voluntario. Es decir, buscan a uno de ellos para casarse y de este modo obtienen ciertas ventajas de las cuales carecemos los demás.

—Antiguamente eso se llamaba colaboración con el enemigo.

—Si, pero los humanos somos débiles y cedemos a veces. No se les puede hacer un reproche demasiado severo.

—Claro —contestó Buck. De pronto la miró fijamente—: Dime, Octavia. ¿Tú te casarías voluntariamente con uno de ellos?

La joven se estremeció.

—Oh, no, Dios mío, no.

Buck respiró satisfecho.

—Todavía sigues soltera. Pero espero que cuando te cases, tu nuevo apellido sea el de Kealey.

—¡Buck! —exclamó ella deslumbrada—. ¿Es cierto lo que me estás diciendo?

El joven la abrazó tiernamente.

—Querida —dijo—, me he acordado mucho de ti cuando estaba en el espacio.

—Y yo —murmuró Octavia al oído de Buck—, te he querido siempre desde que te conocí, cuando eras un tercer oficial recién salido de la Academia de Astronáutica y te embarcaste con papá. Tenías veintiún años y yo… —la muchacha se sonrojó levemente— todavía gastaba calcetines bajos y sandalias.

Buck acarició tiernamente el rostro de su amada.

—Recuerdo perfectamente aquella niña larguirucha, pecosa, de largas trenzas y dientes salientes, que hoy es la mujer más hermosa del mundo. Ha sido una larga espera, ciertamente.

—Que hoy recibe su adecuada recompensa —contestó Octavia, enlazando el cuello de Buck con sus brazos.

Su beso se vio inesperadamente interrumpido por una voz de

tonos metálicos.

—Dispensen si molesto, pero traigo un mensaje urgente para usted, capitán Kealey.

Buck se puso en pie de un salto, lo mismo que Octavia, que se hallaba sumamente confusa. Se arregló la falda, en tanto Kostar continuaba hablando.

—Lutzia ha enviado un mensaje de respuesta. Ordena que vaya usted a reunírsele con ella en nuestro Gran Cuartel General.

—¿Dónde está eso? —preguntó Buck.

—Lo verá usted a su debido tiempo, capitán Kealey —contestó el "aquatycense"—. Afuera hay un vehículo con dos hombres, quienes ya tienen las instrucciones precisas.

El joven arrugó el entrecejo.

—Y usted, ¿qué hará mientras tanto?

Kostar se echó a reír.

—¿Qué haré? Pues es muy sencillo, capitán. Me quedaré aquí, festejando con mi futura esposa, la señorita Glandale.

—Si Octavia se casa con alguien, será conmigo, Kostar —replicó el joven ceñudamente.

—No discutamos más sobre ese punto, capitán —contestó Kostar con acento hastiado—. Usted será el esposo de Lutzia y yo el de la linda señorita Glandale. Eso está decidido ya y debidamente grabado en nuestros registros de enlaces matrimoniales.

—Tengo la intención de destruirlos a todos ustedes. Entonces, esos registros se irán al infierno.

—Muchos dijeron lo mismo antes que usted. Alguno lo intentó. Ninguno vive —fue la réplica contundente de Kostar.

—Alguien habrá que triunfe donde otros fracasaron. En este mundo no hay nadie invencible. Todos tenemos un punto flaco. Lo interesante es hallarlo. Una vez que se encuentra ese punto débil, la derrota viene casi por sí sola.

Kostar sonrió desdeñosamente.

—Nosotros —y acentuó la palabra— no tenemos ningún punto flaco, como usted manifiesta, capitán. Y ahora, si me lo permite… Recuerde que Lutzia le está aguardando.

Buck sonrió también.

—Usted me lo ha de permitir a mí, amigo. Voy a hacer algo que a usted le está prohibido. Ven, Octavia.

La muchacha se le acercó, cohibida y temerosa. Buck ciñó su esbelto talle con los brazos y se inclinó sobre ella, besándola fuertemente.

Al separarse, miró a su antagonista, cuyos ojos arrojaban chispas.

—Ahí se la dejo, Kostar. Trate de conquistarla, si puede. —Tomó entre las suyas las manos de la muchacha, la cual aparecía muy pálida—. Ten cuidado, amor. Volveré pronto.

—Podría hacer que no volviese —sugirió Kostar con rabia.

—¡Je! —se le rió Buck en sus propias barbas—. Soy el caprichito de Lutzia. Atrévase a tocarme uno solo de mis cabellos y ya verá lo que le pasa.

Y salió.

En la puerta vio uno de los coches que empleaban aquellos seres. Había dos soldados de pie, junto al vehículo, charlando indolentemente.

—Soy el capitán Kealey —dijo, presentándose.

Los soldados se enderezaron.

—Ya tenemos órdenes respecto a usted, señor. ¿Tiene la bondad de subir?

Mientras Buck se acomodaba en el asiento posterior, los soldados pasaron al delantero. Uno de ellos tocó un mando y al instante bajaron unas espesas cortinillas que le impidieron ver nada del exterior.

CAPÍTULO VI

C

on infinito asombro Buck contempló cuanto le rodeaba. Le parecía estar bajo los efectos de un sueño, a pesar de que sabía positivamente que todo aquello era una realidad pura y tangible.

Mientras el aparato descendía a las profundidades del Atlántico, el joven pudo observar a su sabor la ciudad submarina que se alzaba del fangoso suelo del océano. Gigantescas cúpulas, enlazadas entre sí por audaces puentes estancos, encerraban en su interior una serie de edificios, a cuál más extraño, concebidos por lo que parecía

la desbocada imaginación de un arquitecto demente. La ciudad estaba emplazada a casi cuatro mil metros bajo la superficie, y en lugar de una negrura total, ya que los rayos luminosos del sol no conseguían atravesar una capa de agua tan espesa, existía una iluminación tan sorprendente como maravillosa.

Buck no pudo por menos que admirar la adelantadísima técnica de aquellos individuos, capaces de construir vehículos como el que utilizaban, que servía indistintamente para navegar por los tres estados de la naturaleza: aire, tierra y agua. Si le hubiesen dicho que también podía viajar por el espacio, no le hubiera sorprendido.

El vehículo resistía perfectamente las tremendas presiones a que, sin duda, estaba sometido. Buck calculó que en el fondo del océano, la presión debía oscilar alrededor de las cuatrocientas atmósferas, es decir, otros tantos kilos por centímetro cuadrado. ¿Qué proyectista tan maravilloso había diseñado un aparato como aquél? ¿Qué fantásticos materiales se habían empleado en su construcción? Éstas eran preguntas a las cuales no pudo contestarse, aunque –esperaba- Lutzia se lo aclarase más tarde.

De la superficie se habían encaminado directamente al mar, sumergiéndose en el agua a poca distancia de la costa, aunque esto, naturalmente, no pudo verlo el joven, por estar echadas las cortinillas de su departamento. Pero los soldados que manejaban el singular vehículo las descorrieron poco más tarde, cuando ya el aparato había ganado más de dos mil metros de profundidad. Claro que entonces ya no le servía para nada, porque la visión era nula. Sólo cuando estuvieron relativamente cerca de la ciudad submarina, pudieron avistar sus luces.

Buck advirtió que los focos que proporcionaban la consiguiente iluminación, cuyo número no parecía tener fin, estaban situados bajo cúpulas protectoras. Al mismo tiempo advirtió una especie de halo o aureola en torno a éstas, cuyo objeto no alcanzó a comprender por el momento.

El vehículo se detuvo al fin sobre el suelo del océano, levantando al hacerlo una pequeña oleada de fango que se agitó con inimaginable lentitud. Frente a ellos se divisaba una puerta en forma de semicírculo, de unos diez metros de alto por otro tanto de ancho, aproximadamente.

Todos los muros eran completamente transparentes y permitían

ver con suma facilidad lo que había al otro lado de la puerta. Buck observó que había una segunda puerta a unos cuarenta metros de la anterior, sin que pudiera comprender la singularidad de aquella construcción.

De pronto las aguas empezaron a arremolinarse. La puerta giró lentamente, dividiéndose en dos batientes, y cuando estuvo abierta por completo, el conductor hizo pasar el vehículo al otro lado.

Unos segundos después, el artefacto franqueaba la segunda puerta. Entonces, sin más detenciones, se lanzó a buena velocidad por una de las calles que formaban la extraña ciudad.

Mientras navegaban, Buck observó que los congéneres de Lutzia abundaban sobremanera y los vio moverse de un lado para otro sin escafandra. Esto le convenció de que la ciudad, pese a la protección de las cúpulas, estaba también sumergida bajo las aguas. Los hombres-peces se ayudaban para su locomoción, los que no disponían de vehículo, naturalmente, de una especie de propulsores individuales que llevaban en una de sus manos, orientándolo en la dirección que más les convenía. El propulsor, una especie de diminuto reactor portátil -apenas treinta centímetros de longitud por diez de grueso- estaba unido a los depósitos de combustible que llevaban a la espalda por medio de un cable flexible que permitía toda libertad de movimientos al respecto.

De súbito, el vehículo se detuvo ante la entrada de un gran edificio, de singular apariencia. No tenía puertas, todo eran ventanas de gran tamaño, por las cuales entraban y salían constantemente numerosos “aquatycenses” de ambos sexos, portador cada uno de ellos de su inevitable propulsor.

El vehículo dio un salto hacia arriba, ascendiendo tres pisos y colándose a continuación por una de las ventanas. Ésta se cerró inmediatamente y Buck comprendió que se hallaban en una esclusa, cosa que tuvo confirmación pocos minutos más tarde, cuando todo el agua contenida en la estancia fue vaciada por medio de poderosas bombas de aire.

Una vez la habitación en seco, Buck fue invitado a salir del coche. Así lo hizo, quedando en actitud expectante, en el centro de la misma.

Inesperadamente, uno de los muros fronteros se hizo transparente. Buck vio que la estancia contigua, cuyas dimensiones

podían calcularse en unos veinte metros de lado por seis o siete de altura, estaba llena de agua. Había tres o cuatro personas nadando en el interior del líquido y el joven reconoció asombrado a Lutzia en una de ellas.

Los dos guardianes se alejaron por una puerta lateral, que conducía a otra habitación también libre de agua. No pudiendo resistir su curiosidad, Buck se acercó a la pared transparente.

Lutzia agitó la mano alegremente. Nadó con infinita suavidad, aproximándose igualmente al muro. Le sonrió.

Buck hizo una mueca. Luego movió las manos, haciendo señas de que quería hablarle. Ella rió y luego, moviéndose perezosamente, se dirigió hacia el lado opuesto.

El joven la vio desaparecer por otra puerta. Buscó maquinalmente en los bolsillos, sacó cigarrillos y fósforos y encendió uno, en tanto seguía contemplando las evoluciones de los hombres-peces.

Lutzia no tardó mucho en aparecer. Llevaba puesto el inevitable casco lleno de agua, aunque ahora iba descalza. Su esbelta figura resaltaba aún más por el negro traje de baño que vestía.

—Hola —dijo, estrechándole afectuosamente la mano—. Me alegro de volver a verte. ¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias. Aunque —Buck miró en torno a él—, un tanto confundido al ver tanta maravilla.

—¿Te gusta? —preguntó ella, muy satisfecha—. Lo hemos hecho en poco tiempo. Tenemos buenos técnicos.

—Desde luego. Viendo el aparato que me trajo hasta aquí, eso es algo que debo reconocer implícitamente.

—Me alegra mucho que lo hagas —dijo ella con sincero acento —. Eres el primer terrestre que visita nuestra ciudad. Me costó mucho conseguirlo, no creas.

—Gracias —Buck no quería empezar a hablar directamente del asunto que le había traído hasta allí. Prefería dar unos rodeos a fin de abordar el tema en el momento propicio—. Sin embargo, lo que encuentro realmente fantástico es la fenomenal resistencia de las cúpulas a la presión del agua.

—Si te fijaste, verías como una especie de halo en torno a ellas —contestó la joven—. Es una capa protectora obtenida por lo que, en términos breves y comprensibles, llamaríamos repulsión

antigravitatoria. Nuestro organismo puede soportar determinado número de atmósferas de presión, pero hay un límite que no es prudente rebasar. Gracias a ello, la presión en el agua que hay sobre la ciudad, bajo las cúpulas, es apenas superior a las seis o siete atmósferas. Verías una esclusa al llegar, ¿no?

—En efecto.

—Es la entrada compensatoria de presión. Nuestros edificios son muy sólidos, pero ni ellos ni nosotros soportaríamos la irrupción de una avalancha de agua semejante. Moriríamos instantáneamente.

Buck sonrió.

—De modo que tenéis un punto flaco —dijo.

—¿Qué ser no lo tiene? —contestó ella con negligencia.

De pronto, Buck se fijó en un detalle. Los individuos que nadaban al otro lado del mamparo transparente habían suspendido sus ejercicios y comían tranquilamente unas bolitas de color anaranjado que otro de ellos les ofrecía, con deferente actitud, en una bandeja de metal.

—¿Qué están haciendo? —preguntó el joven, intrigado.

—Ah —repuso Lutzia con indiferencia—. Es, en vuestro idioma, “hidrotyne”. Nuestro alimento.

—“Hidrotyne” —repitió él, meditabundo—. Pensé que comeríais otras cosas.

—¿Peces? ¿Algas? —rió ella.

—Bueno —Buck se turbó ligeramente—. Conociendo vuestra constitución física, uno pensaría...

—Pues no pienses nada de eso —sonrió Lutzia, cogiéndosele del brazo. Buck procuró disimular la repugnancia que el hecho le causaba. Ella continuó—: No comemos otra cosa que “hidrotyne”. Nos lo traen directamente de Aquatyc.

—¡Caramba! —se extrañó Buck—. ¿Tan listos como sois... y no podéis fabricar en la Tierra vuestro alimento?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Nuestros técnicos trabajan incesantemente en ello, pero existen pocas esperanzas de que puedan conseguirlo. El agua de vuestro planeta y la de Aquatyc son enteramente idénticas; no existe la menor diferencia entre ellas. El “hidrotyne” se obtiene del mar, luego debería poder ser fabricado en la Tierra como sucede en nuestro mundo. Sin embargo, no se sabe exactamente por qué no se

ha podido resolver este problema de una forma satisfactoria. Las muestras del alimento obtenido en los laboratorios se corrompen a los pocos minutos de salidas de las máquinas elaboradoras del mismo, convirtiéndose en algo nocivo para nuestra salud. Hay quien sostiene que es debido a la radiactividad emitida por el sol, la cual influye decisivamente en la composición molecular del alimento, pero esto es algo que no se ha comprobado todavía. Ni —Lutzia suspiró, dilatando peligrosamente su bien formado busto— creo que se consiga, la verdad sea dicha. Por lo tanto, tendremos que depender de nuestros transportes espaciales para poder seguir viviendo en la Tierra.

—Ese "hidrotyne", ¿puede ser ingerido por los terrestres?

—Perfectamente, sin el menor inconveniente y con los mismos beneficios alimenticios que nos reporta a nosotros. Aunque quizás os parezca un poco insípido.

—Bueno, mientras alimente...

Después de esto, la conversación languideció un poco. Ambos sabían cuáles eran los motivos que habían llevado a Buck hasta el fondo del Atlántico, pero ninguno se atrevía a romper el fuego en tal sentido.

De pronto, Buck creyó haber hallado el pretexto. Señalando el disco que la muchacha tenía en el casco, preguntó:

—¿Puedo saber qué significan esos tres triángulos dorados?

—Son la señal de mi categoría —contestó ella con un tono de vanidad en su voz—. Soy un Tercer Triángulo, una de las categorías más elevadas en nuestro mundo.

Buck enarcó una ceja. Ella prosiguió:

—Los hombres que dirigen nuestro pueblo en la Tierra se llaman Consultores. Su distintivo está formado por un cuadradito dorado. Mi próximo ascenso tendrá como insignia un disco con un cuadrado. Espero —añadió— que no se haga esperar mucho. En todo caso, eso depende de ti, querido.

Lutzia pronunció la palabra «querido» con un tono que hizo estremecer al joven. Sin embargo, Buck procuró mantenerse indiferente.

—¿Por qué dices que depende de mí tu ascenso?

—Por la sencilla razón de que todo "aquatycense" que logra efectuar su enlace con un terrestre es altamente distinguido con

toda suerte de grados y honores. Pero —se quejó ella—, ¡somos tan pocos hasta ahora…!

—Por lo visto, no os basta mandar para ser obedecidos.

—En este sentido, preferimos ser amados —contestó Lutzia mirándole con tierna expresión, de la cual Buck no quiso hacer caso.

—Y, mientras tanto, procuráis un terrible destino a los que quebrantan vuestras leyes —dijo él con tono acre.

Lutzia se irguió:

—Saben demasiado bien a lo que se exponen si hacen lo que acabas de decir, Buck —exclamó—. ¿Por qué no acceder a nuestros deseos, cuando tan fácil sería hacerlo?

—¿Piensas que se puede olvidar tan sencillamente los cientos de ciudades de muertos y los millones de vidas perdidas?

Ella contestó:

—Debemos ser implacables para poder sobrevivir. Entre vosotros, ¿no sucede lo mismo? ¿No castigabais a quienes infringían las leyes que vosotros mismos habíais dictado?

—La cosa era distinta —replicó Buck vehementemente—. Eran nuestras leyes y se trataba de una cosa entre nosotros. Pero nunca verás que un terrestre apruebe una ley tan arbitraria e injusta como la vuestra. Castigar a toda una ciudad por el delito de uno solo…

—Era el único medio de someteros —declaró ella con acento impasible.

—Por supuesto —contestó Buck en el mismo tono, y decidió lanzarse—: Entonces, será inútil suplicarte en favor de mi tripulante Goggles.

—La ley es igual para todos —dijo Lutzia.

—Pero tú puedes ayudarme, no lo niegues. ¿Por qué presumes, si no de tu elevado rango?

Lutzia se retorció las manos con gesto nervioso. De pronto, le volvió la espalda.

—No puedo, lo siento, créeme —dijo con voz apagada.

—Dices que me amas —insistió él—. Si es cierto, pruébalo.

Lutzia se volvió repentinamente.

—¡Me he enamorado de ti, sí! —exclamó—. Pero ¿de qué me sirve si tú no me quieres? Tú amas a otra, a Octavia Glandale. A mí me odias. Odias mi piel fría y escamosa y mi constitución, que me

hace vivir, continuamente bajo el agua. Salvo estos detalles, soy una mujer absolutamente idéntica a cualquiera de las terrestres. ¿Tengo yo la culpa de haber nacido en un mundo distinto al tuyo?

—Tampoco es mía —dijo Buck lentamente—. No obstante, entre nosotros, cuando una persona ama a otra, aunque no sea correspondida, procura atraerse su afecto por medio de dádivas, regalos, concesiones, en fin, algo que le haga agradable a los ojos de la persona amada. ¿Tú crees que no podrías hacer lo propio?

Ella meneó tristemente la cabeza..

—Ni siquiera me atrevería a intentarlo, Buck —le dijo— Perdería inmediatamente mi rango y sería enviada a Aquatyc para siempre. Podría tolerar la degradación, pero... esto de vivir siempre en un lugar sumergido bajo las aguas, no poder sentir en el cuerpo la caricia de los rayos del sol, la fresca brisa... Oh, quien lo ha probado una vez no puede olvidarlo jamás, Buck. Creo que, si por alguna razón me hicieran volver a mi mundo... haría lo posible por quedarme en el camino.

El joven entendió claramente el significado de la última frase pronunciada por Lutzia, y en su interior no pudo menos que compadecerla. Pero -estaba seguro- aun no habiendo existido Octavia, no podría haberla amado

—Está bien —dijo— Trataré de comprenderte y tú... procura disculparme —luego enderezó los hombros—. ¿Cuándo puedo volver a la superficie?

—Cuando quieras —dijo ella con voz monótona—. Ven, haré que te acompañen.

Buck se disponía a penetrar ya en el vehículo, cuando, de pronto, el edificio entero se puso a vibrar.

Era una vibración sorda, pero claramente perceptible. Buck miró a Lutzia con extrañeza.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Lutzia parecía estar escuchando. Contestó:

—Una manada de pulpos gigantes se dirige a la ciudad. Hemos de salir a combatirlos. ¿Quieres acompañarnos?

El joven tragó saliva.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Salir fuera, a un lugar donde hay casi cuatrocientas atmósferas de presión?

Lutzia sonrió.

—Si tienes miedo, nadie te lo reprochará. —Le tomó de la mano —. Creo, sin embargo, que es una experiencia que debieras vivir.

—Pero…

—Ven —insistió Lutzia, tirándole de ambas manos.

CAPÍTULO VII

S

e miró Buck al espejo. Realmente, ofrecía una figura extraordinaria con su nuevo atuendo, especial para la lucha submarina que iba a desarrollarse a casi cuatro kilómetros de profundidad en las tenebrosas aguas del océano.

Se había cambiado de ropa, vistiendo únicamente un breve "slip" color naranja, sujeto a su cintura con una serie de aparatitos de fácil manejo, que le había sido enseñado por la propia Lutzia, en tanto le ayudaba a equiparse.

A la espalda llevaba, además del depósito de combustible para el propulsor, un cilindro con oxígeno para sus pulmones y un artefacto que, según le explicó ella, era un compensador de presión para poder resistir impunemente, a cuerpo limpio, la que existía en el fondo del Océano. Naturalmente, llevaba metida la cabeza en un casco transparente, pero vacío de agua, con el fin de poder subsistir. Lutzia y sus congéneres saldrían sin casco.

La joven le entregó una extraña pistola de gran tamaño.

—Es para combatir a los pulpos. Dispara balas paralizantes. Como comprenderás, no nos podemos arriesgar a emplear proyectiles de acción expansiva; podríamos causar graves daños a la ciudad. Además, los pulpos que cacemos pasarán a nuestros laboratorios. Obtener la "hidrotyne" en la Tierra es la obsesión de los biólogos, obsesión vana e inútil.

—¿Quién sabe? —murmuró él. Pero era una frase de compromiso y carecía de convicción.

Lutzia y los dos soldados que habían conducido a Buck hasta la ciudad submarina, acabaron de repasar el equipo del terrestre. Un par de minutos más tarde, la joven levantó el brazo.

El agua irrumpió en la estancia. Buck sintió la frialdad del

líquido que le subía por las piernas hasta cubrirle por completo. Pero siguiendo las instrucciones de Lutzia, manejó el compensador de presión y al momento se desvaneció aquella impresión de frío. «Por lo visto —pensó—, también calienta».

Lutzia y los otros se despojaron de sus cascos, que ya no les eran necesarios en su ambiente. Pusieron en funcionamiento sus propulsores y empezaron a deslizarse en el interior de la masa líquida.

Buck les imitó. Poco habituado en un principio, dio varias volteretas sobre sí mismo, antes de centrarse. No tardó, sin embargo, en adquirir conciencia de su nueva situación.

«Si me vieran los tripulantes de mi nave...», pensó, mientras seguía a Lutzia.

Llevaba el propulsor en la mano izquierda, y la pistola paralizante en la derecha. Al salir del edificio por una de las ventanas, vio una numerosa multitud que se dirigía hacia la puerta de acceso a la ciudad.

Ganaron terreno rápidamente, gracias, sobre todo, a los distintivos de mando de la joven. Buck se dijo que quizá los terrestres, en sus mismas condiciones, no hubieran permitido la visita de un extraño a su propia guarida. Esto era lo mismo que meter al enemigo en casa. «Confían demasiado en sus fuerzas y olvidan que basta un minúsculo grano de arena para detener la maquinaria del reloj más perfecto. ¡Cómo me gustaría a mí ser ese grano de arena!»

Al llegar a la puerta, hubieron de pasar a la esclusa, en unión de varias docenas de individuos, hombres y mujeres, todos armados de la misma forma que ellos. Era extraño oír sus voces en el seno del océano, un tanto distorsionadas por el medio ambiente en que se propagaban los sonidos.

—¿Por qué salen tantos? —inquirió.

—Los pulpos son muchos y muy peligrosos. Muchos de los nuestros morirán —declaró Lutzia con frialdad que horripiló al joven—. Para los sobrevivientes supone un reconocimiento de méritos que puede servirles de mucho en su carrera.

—¿También tú necesitas de ese estimulo para adelantar terreno? —preguntó Buck intencionadamente.

Lutzia le arrojó una larga mirada.

—Demasiado sabes —dijo— lo que me haría ganar terreno. Aunque, a decir verdad, preferiría perder todo con tal de...

La puerta se abrió en aquel momento, cortando en seco la frase de Lutzia, cuyo final, sin embargo, podía adivinarse fácilmente. Al mezclarse las dos aguas, la presión aumentó, y Buck lo sintió inmediatamente, mas, advertido, puso en funcionamiento el compensador y aquella sensación de ahogo cesó en el acto.

Pulsó el acelerador del propulsor y salió fuera de la ciudad, levantando el brazo en alto para remontarse. Le parecía mentira hallarse a cuatro mil metros bajo el nivel del mar y no sentir los devastadores efectos de aquella terrorífica presión.

Ganaron altura, rebasando el nivel de las cúpulas más altas. Luego derivaron hasta quedar sobre la vertical de la ciudad, en donde permanecieron inmóviles.

—De todas formas —comentó—, me parece demasiada gente para unos pocos pulpos.

—No son tan pocos ni, como seguramente estás pensando, tan pequeños. Ya te dije antes que son peligrosos, pero no me refiero a las personas, sino a nuestra ciudad. Las cúpulas son resistentes; sin embargo, un ataque concentrado de los pulpos podría quebrantarlas, con el resultado que puedes imaginarte —respondió Lutzia.

Buck miró en torno a él. Había centenares de “aquatycenses”, todos equipados de la misma forma que él y todos con idéntica vestimenta: “slip” para los varones y “dos piezas” para las hembras, de un brillante color anaranjado que resplandecía vivamente en medio de la penumbra que rodeaba a la ciudad submarina.

Fuera de ésta, las luces se extinguían rápidamente a una distancia de cien metros escasos, detenidos sus rayos por un muro impenetrable de agua de un incalculable espesor. Más allá, todo era tinieblas.

De pronto, un estremecimiento general sacudió la masa de cazadores.

—¡Vienen los pulpos! —exclamó Lutzia.

Buck sintió que un escalofrío le corría a lo largo de la espalda. Al ver que ella levantaba su cabeza, hizo lo propio.

La sangre se le heló en las venas al darse cuenta de las fieras contra las cuales tendría que luchar.

Había oído muchas leyendas acerca de los pulpos y los calamares gigantes, pero aquello sobrepasaba cuanto la imaginación podía crear artificialmente. Los cefalópodos que descendían de las alturas en tinieblas podían dejar tamañito al “kraken” de las leyendas nórdicas. Buck sabía que las ballenas y demás cetáceos gigantes descendían a veces a lugares de una profundidad insospechada, de donde regresaban moribundos, o ya ahogados, con señales de haber sostenido durísimas luchas con aquellos animales, que no habían podido ser contemplados hasta el momento por ojos terrestres. Ahora, las leyendas se estaban convirtiendo en realidad.

Los cefalópodos eran más de medio centenar, y bajaban hacia la ciudad en apretada manada, haciendo ondear lentamente sus gigantescos tentáculos. Había pulpos con brazos del grueso de un hombre y largos hasta de doce y quince metros, y había también calamares, con brazos más cortos, pero poseyendo en cambio, dos tentáculos gigantescos de un grosor inconcebible y de una longitud cercana a los veinte metros.

El conjunto resultaba impresionante, pero lo parecía aún más cuando se miraba a uno de aquellos horribles monstruos considerándolo en su aspecto individual. ¿Qué misterioso instinto les había empujado a agruparse en un feroz rebaño y lanzarse sobre la ciudad?

Buck no pudo dar respuesta a esta pregunta, porque, casi en el mismo instante, comenzó la lucha.

Antes de que se diera cuenta, Lutzia desapareció de su lado, sumergida en la vorágine del combate. Un enorme calamar cayó lentamente y pasó casi rozándole con sus tentáculos, inutilizado por unas cuantas certeras descargas paralizantes.

Absorto en el espectáculo, no se dio cuenta de que una larga serpiente, dotada de una doble fila de pavorosas ventosas, se agitaba peligrosamente próxima, hasta que casi sintió su contacto. Gatilló su pistola sin dudarlo y una raya de color blanquecino surcó el agua en dirección al tentáculo, que se puso rígido en el acto.

Movió la mano izquierda, enfrentándose con el pulpo. Los fríos ojos del cefalópodo le miraron con crueldad, en tanto su voraz pico se abría y se cerraba con secos chasquidos que se transmitían de modo tan perfecto como siniestro en el seno del océano.

Buck disparó de nuevo, apuntando a la bolsa del animal. Pero

éste hizo un gesto raro y el proyectil se perdió inofensivamente.

En aquel momento, sonó un grito agudísimo. Uno de los individuos había sido atrapado por los tentáculos de la fiera. El brazo armado le había quedado pegado al costado y no podía utilizar el arma.

Antes de que el joven pudiera disparar la suya, los tentáculos estrujaron al desgraciado hasta quebrantarle todos los huesos. El infeliz chilló estremecedoramente, pero sus gritos quedaron cortados en seco cuando su cuerpo fue partido en dos con un solo mordisco del voraz pico de la fiera.

La sangre del hombre-pez se esparció por el seno del líquido, en tanto que sus movimientos cesaban instantáneamente. Y los del pulpo también, porque varios individuos se le arrojaron encima, disparándole encarnizadamente. El cefalópodo empezó a hundirse lentamente.

Buck miró hacia abajo. Los animales caídos eran apartados en el acto de las cúpulas, a fin de evitar que ningún peso gravitara sobre las mismas. Un puñado de hombres y mujeres protegía con sus armas la operación, en tanto los demás luchaban ferozmente.

Manejó el propulsor, tratando de buscar a Lutzia en aquel infernal maremágnum. De pronto, una cosa fría y viscosa se le enroscó en una pierna.

Dio toda la presión a su propulsor. Inútil; la fuerza del animal que le había atrapado era enorme y no había forma de resistirse. Disparó el arma, inutilizando el tentáculo.

Luego enfiló la pistola hacia la bocaza del monstruo. Disparó de nuevo. Pero el animal, en este caso un calamar, no dio señales de haber sido tocado.

¿Tendría el arma estropeada? Un terrible escalofrío de horror le hizo estremecerse con violencia. El segundo tentáculo del calamar ondeó espasmódicamente en dirección a su cintura.

Creyó comprender lo que había sucedido. La distancia era excesiva para que el proyectil paralizante causara efecto alguno. Cada vez que había usado el arma lo había sido a menos de tres metros de distancia. Entonces supo que en ello estribaba el riesgo y el mérito de tan arriesgada cacería.

Inutilizó el segundo tentáculo y luego se arrojó valientemente hacia adelante. Gatilló el arma hasta hundir al calamar en el fondo

del Océano.

Buscó con la vista otro enemigo. Vagamente se dio cuenta de que se había apoderado de él la fiebre del combate. Ahora no deseaba sino pelear, sin importarle el peligro en absoluto.

A seis u ocho metros de distancia, un individuo resultó atrapado por dos tentáculos de un pulpo. El arma se le desprendió de los dedos, quizá inutilizados a causa del ataque. El individuo fue arrastrado hacia la boca de la fiera.

Buck advirtió que el hombre-pez no gritaba tan siquiera, dejándose llevar estoicamente hacia su horrible destino. El joven odiaba a aquellos seres que tantas desgracias habían causado en su mundo, pero no podía evitar un sentimiento compasivo, derivado quizá de una subconsciente comprensión de que eran humanos también, pese a las diferencias fisiológicas y anatómicas.

El pulpo pareció advertir el ataque y lanzó una espesísima nube de tinta negra, que envolvió inmediatamente al desdichado. Pero Buck esquivó aquella repelente oscuridad y, remontándose, cayó sobre el cefalópodo desde arriba, acercándose a su bolsa hasta apoyar la boca del arma en la misma.

Los tentáculos aflojaron su presión al cuarto disparo, y el animal empezó a descender lentamente hacia el suelo. Entonces el liberado se le acercó a saludarle y Buck advirtió con asombro que se trataba de un Cuadrado Dorado, un individuo cuyo rango era el más elevado de todos los que existían en aquel pueblo submarino.

* * *

«Como en los cuentos de hadas», pensó Buck cuando Filder, el Cuadrado Dorado a quien salvara la vida le dijo que le pidiera lo que deseara como recompensa.

—Un terrestre cualquiera, en sus circunstancias, capitán Kealey —dijo Filder— hubiera permitido que el octópodo me matara.

—Yo combato a mis enemigos cara a cara y no por medio de la traición, señor —contestó el joven con prosopopeya. Quería impresionar aún más a Filder—. Si usted y yo nos encontrásemos en circunstancias distintas, lucharía seguramente para matarle, como enemigos que somos; pero considerando siempre su cualidad de persona. Eso es lo que me hizo atacar al pulpo, señor.

—De modo que usted nos considera como enemigos, capitán.

Lutzia estaba a su lado. La joven le miró suplicantemente.

«Cuidado con lo que dices. Mide tus palabras», parecía decirle en silencio.

Buck hizo caso omiso del gesto de Lutzia.

—Si he de ser sincero, así es, señor —replicó serenamente.

Filder hizo un gesto de asentimiento.

—Le prefiero de este modo, capitán. Su franqueza me ha agradado enormemente, a pesar de todo. No obstante, mantengo mi palabra y no quisiera demostrarle mi agradecimiento con una serie de frases convencionales y carentes de sentido. ¿No quiere nada de mí, Kealey?

Buck se acarició la mandíbula pensativamente. Una idea le vino a la mente y sonrió, divertido.

—Lutzia sabe bien de qué se trata —respondió—. Se lo he pedido a ella, pero no pudo acceder a mi petición.

Filder volvió su rostro hacia la joven.

—Habla, Lutzia.

Ésta titubeó. Al fin, de mala gana, dijo:

—Señor, un amigo del capitán Kealey ha sido condenado al destierro en Aquatyc.

—Ah —exclamó Filder, comprendiendo—. Y usted, capitán, trata de que se le remita la pena.

—Justamente, señor. Es todo cuanto pido. Nada para mí, como puede apreciar.

—Sus amigos estarán muy orgullosos de serlo —contestó su interlocutor—. A mí también me gustaría contarme entre ellos.

—Nada más sencillo, señor, que accediendo a mi demanda —dijo Buck audazmente.

Filder sonrió.

—Es usted el primer terrestre que pisa nuestra ciudad submarina. Alguno tenía que ser, por supuesto. Se ha portado valerosamente y ambas cosas merecen una celebración. Propondré la remisión de la pena de su amigo en la próxima reunión de la Junta Consultora que se celebrará dentro de tres días.

—Señor —exclamó el joven—. Mientras tanto, ¿no someterán a mi amigo a esa operación quirúrgica que...?

—No tema, capitán —contestó Filder benignamente—. Esa operación no se efectúa en tanto no se ha aprobado la pertinente sanción por un acuerdo de los miembros de la Junta Consultora. Por

el momento, pues, su amigo se encuentra en perfecto estado.

—Gracias, señor —respondió Buck con toda sinceridad.

—Admiro sus sentimientos de amistad, capitán —manifestó Filder—. Trataré de conseguir lo que usted solicita, aunque no sea más que por conseguir para mí una amistad semejante. En cuanto a ti, Lutzia —dijo mirando a la joven—, si no te aprovechas de las circunstancias, diré que no sabes hacer buen uso de tus indudables y numerosos encantos.

—No soy terrestre, señor —contestó ella, rígida, tensa—. Y el capitán Kealey ama a una terrestre.

—Bueno —sonrió Filder—, debes saber cómo se desbanca a una rival. Todo será que pongas en la empresa los medios debidos. —Alargó la mano y estrechó con fuerza la del joven—. Me alegro de haberle conocido, capitán. Le haré saber la resolución de la Junta tan pronto se haya adoptado.

Buck se inclinó profundamente.

—Mil gracias, señor.

Poco más tarde, Buck se disponía a regresar a la superficie. Lutzia le acompañó hasta el vehículo.

—No podrás quejarte de nuestra generosidad —le dijo ella.

—Por cierto que no, aunque bien hay que reconocer que ha sido un poco forzada por las circunstancias. Hubiera sido un tonto si no me hubiera aprovechado de ello, ¿no crees?

Lutzia continuaba con su rígida actitud.

—Es lógico —contestó secamente.

Guardaron silencio unos momentos. Luego, Buck dijo:

—¿Te quedas aquí?

—Por ahora, sí. Esperaré a que los Consultores se hayan reunido y entonces te haré saber su decisión personalmente.

—Gracias —contestó él, abriendo la portezuela. De pronto, miró hacia arriba—. Lástima de unas buenas cargas de profundidad. Vuestra ciudad se iría al infierno en dos minutos.

—Antes sería preciso poder contar con esas cargas —replicó ella secamente—. Espero poder verte pronto, Buck.

—Puedes hacerlo cuando quieras. No olvido que debo obedecer enteramente tus órdenes. Sé lo que me sucedería si obrase de modo contrario. ¡Adiós!

Ella no contestó. Con gesto impasible, contempló la entrada de

las aguas hasta que cubrieron por completo el vehículo y luego la marcha de éste hacia la esclusa. No lloraba físicamente, pero su corazón sangraba. Amaba desesperadamente a Buck y sabía que nunca podría ser suyo.

CAPÍTULO VIII

C

ogió Buck entre las suyas las manos de Octavia apenas hubo terminado la relación de cuanto le había sucedido el día anterior en la ciudad submarina.

—De modo que sólo falta esperar a pasado mañana para saber la decisión que se adopta con respecto a Goggles —dijo. Agregó—: Espero que sea favorable. Creo que Filder trataba de causarme una buena impresión.

—¿No será un ardid para adormecer tu confianza? —murmuró ella, temerosa.

—¿Por qué iban a recurrir a semejantes argucias? —contestó el joven—. Tienen el poder y la fuerza. Con decirme que no, asunto concluido.

Octavia suspiró.

—En eso tienes razón, Buck. Empiezo a creer que puede ser verdad. ¡Cuánto más habrían ganado estos seres con bondad y amabilidad que no por medio de la muerte y la destrucción!

—Por eso, quizá, abrigo la confianza en la anulación del castigo de Filder —respondió Buck—. Haría tanto bien una actitud semejante.

—Pero es un caso entre miles. Ahora ya es un poco tarde, Buck.

—Posiblemente —contestó él—. De todas formas, lo que me interesa es salvar a Goggles. Si lo consigo, le echaré una buena filípica y...

—¡Buck! —dijo ella, mirándole fijamente—. ¿Crees tú, sinceramente, que por muy bien que se porten con él, por muchas reprimendas que le hagas, Goggles podrá olvidar que esos salvajes mataron de un solo golpe a su familia? Demos gracias a Dios porque tu segundo estuviera a su lado en el momento de las injurias; de lo

contrario, es muy probable que Norfolk ya no existiera.

—Tienes razón —contestó Buck—. Pero ¿qué le podemos hacer nosotros?

Hubo una corta pausa de silencio. Al cabo de unos momentos, Buck preguntó:

—Octavia, dime, ¿qué hay de Kostar?

Ella se estremeció. Fue a hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, sonó una voz fría e impersonal.

—¿Hablaban de mí?

Los dos jóvenes se pusieron en pie de un salto. Volvieron el rostro con gesto unánime, divisando al mencionado en la puerta de la estancia. Kostar sonreía con aire de superioridad.

—Buenas tardes, señorita Glandale. Capitán Kealey…

Buck y Octavia contestaron de mala gana al saludo del recién llegado. Éste avanzó hasta situarse en el centro de la estancia.

—Capitán, ¿le importaría dejarme a solas con mi… prometida?

Los dientes del joven crujieron de rabia. Sin embargo, procuró mantener la serenidad. Después de haber dado un paso tan importante, como había sido la entrevista con Filder, era preciso conservar la ecuanimidad a todo trance.

Encontró fuerzas suficientes para sonreír.

—¡Cómo no, amigo! —dijo untuosamente—. Basta oírle para obedecerle en el acto, Kostar. —Se volvió hacia la muchacha—. Te veré mañana, Octavia. Pórtate bien con el amigo Kostar.

La muchacha sonrió de lado.

—Claro —dijo.

Acto seguido, el joven salió de la estancia con paso rápido, procurando dominar las ansias que le acometían. Si se hubiera dejado llevar de sus instintos, habría roto una silla sobre el casco del hombre-pez.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, los dos jóvenes estaban juntos de nuevo. Pero ahora no estaban solos, como la vez anterior. Tenían compañía.

Además de Bengson, el ex segundo de la *Reina Ana*, estaban también Almeida, el ingeniero de vuelo y un par de tripulantes más de la astronave. Como Buck y Octavia, todos esperaban con ansiedad las noticias que Lutzia debía traerles y, según creía el

joven, ya no podía tardar mucho en hacerse visible.

El señor Glandale servía bebidas, en tanto discutía con Bengson algunas anécdotas de sus viejos tiempos de navegante del espacio. Almeida y los otros charlaban de temas indiferentes, pero la tensión existente en sus espíritus latía bajo su innocua actitud y resultaba imposible de disimular.

Súbitamente, cuando más entretenidos estaban, sonaron unos pasos en la estancia contigua. Siete rostros se volvieron al unísono hacia la puerta.

Lutzia apareció bajo el dintel. Lanzó una prolongada mirada a la reunión, en tanto permanecía inmóvil, sin atreverse a dar un solo paso hacia adelante.

En el acto, Buck sintió que se le contraía el pecho. Antes de que Lutzia hablara, ya conocía las noticias.

Avanzó hacia ella.

—Goggles ha sido condenado —exclamó.

—Sí —murmuró ella con voz apenas audible.

Hubo un momento de silencio. Después, una verdadera algarabía se formó en la estancia, cuando los tripulantes de la *Reina Ana* prorrumpieron en injurias y denuestos contra los hombres-peces y sus crueles métodos.

—¡Alto! ¡Calma! —gritó el joven, restableciendo el silencio, cosa que consiguió después de algún esfuerzo. Miró a Lutzia, en medio de la expectación de los presentes—: ¿Cómo ha sido eso? —inquirió —. Filder casi me prometió la libertad de Goggles.

—No lo sé exactamente —contestó la joven, quien parecía anonadada—. Lo único que puedo decirte es... es...

Octavia sintió una vivísima compasión hacia su rival y, sin poder contenerse, se acercó a ella, posándole la mano en uno de sus brazos.

—Usted no tiene la culpa, Lutzia —dijo, con ánimo de consolarla.

—Sí. Pertenezco a Aquatyc. Y me considero tan culpable como uno cualquiera de mis compañeros —contestó ella rabiosamente—. Goggles tenía razón, ustedes también la tenían al insultarme. Nunca debimos haber venido aquí en son de guerra, sino buscando el acercamiento por medios pacíficos. Intercambio de ideas y conocimientos, de cultura y civilización, tal habría debido ser

nuestro objetivo primordial, en lugar de conquistarles por la fuerza. Lo hemos conseguido, pero sólo físicamente, nunca de un modo espiritual, que hubiera sido la manera perfecta de conseguir nuestros primitivos propósitos. Ahora... —suspiró lamentosamente —, ahora es ya demasiado tarde.

Después de las últimas palabras de Lutzia, un pesado silencio cayó sobre la estancia. Nadie se atrevía a ser el primero en hablar.

Transcurrió un largo minuto. De pronto, Lutzia dijo:

—Te devuelvo la libertad, capitán Kealey. Había soñado contigo, pero sé que eso es imposible. Amas a Octavia y ella te corresponde. Solamente me resta desearos toda la felicidad posible... y yo me encargaré de ello, os lo aseguro.

—¿Cómo? —exclamó en aquel momento una voz vibrante—. Lutzia, ¿acaso pretendes traicionar a los tuyos volviéndote contra mí?

Octavia lanzó un grito agudísimo, refugiándose en brazos de Buck. En cuanto a los demás, incluida la propia Lutzia, parecían haberse convertido en sendas estatuas de piedra.

Kostar avanzó hasta el centro de la habitación, sonriendo cínicamente. Tras él se veían varios soldados armados, que se quedaron en el umbral aguardando órdenes.

Kostar se detuvo frente a Lutzia y, con gesto de negligente superioridad, apoyó una mano en su cadera, y dijo:

—Querida Lutzia, está bien que renuncies al capitán Kealey. A fin de cuentas, es tu presa y eres libre de hacerlo. Pero, en cambio, olvidas que la señorita Glandale es algo que me concierne a mí directamente y que en ello tú no tienes la menor intervención.

—Deja en paz a la muchacha, no es cosa tuya. Ella no te quiere —contestó Lutzia enérgicamente—. ¿Crees que por forzarla a ser tu esposa, vas a obligarla a que te ame?

—Todo es cuestión de acostumbrarse —rió de nuevo Kostar. De pronto alargó la mano y despegó el disco de identificación del casco de Lutzia—. Esto ya no te corresponde a ti —dijo desdeñosamente.

—¡Qué! —gritó la joven, pero Kostar no le hizo el menor caso.

Con perfecta sangre fría, colocó el disco en su casco, sustituyendo el que había llevado hasta entonces, el cual arrojó a un rincón con gesto despectivo.

—¿Comprendes lo que esto significa, Lutzia? —dijo—. Has

perdido tu rango. Ya no eres nada en nuestro pueblo, sino una persona común y corriente, a quien se le niega la mayoría de los derechos.

—¡Filder está conmigo! —gritó ella apasionadamente—. Me apoyará. Te castigará por lo que haces, Kostar, y te enviará a las minas de uranio. Devuélveme mi disco, te lo ordeno.

Kostar rió alborotadamente. De pronto, su gesto se endureció.

Dijo:

—Filder ya no es un Cuadrado Dorado. Ha perdido su rango. Nunca debió interceder por un perro terrestre. Lo mismo que tú, Lutzia. Vuestro gesto os ha perdido y aún podéis dar gracias a que se os permite vivir.

Buck y sus compañeros escuchaban en silencio, petrificados por el espanto y el asombro ante la nueva situación, sin atreverse a intervenir.

—Tu puesto es ahora para mí, Lutzia —siguió Kostar—. Tú ya no eres nada. Tu degradación, como la de Filder, es a perpetuidad. Volveréis a Aquatyc, de donde ya nunca podréis salir en el resto de vuestras vidas.

Lutzia exhaló un gemido. Se tambaleó y hubiera caído al suelo, si el propio Buck no la hubiera sostenido por un brazo.

Kostar se echó a un lado. Volvió la vista hacia sus sicarios y ordenó:

—Lleváosla.

Dos de los soldados penetraron en la habitación. Sin una sola queja, Lutzia se dejó conducir hacia el destino que ella estimaba peor que la muerte.

Cuando la muchacha salió, Kostar se volvió hacia los presentes.

—A la noche vendré a verla, señorita Glandale. Estimo que es preciso vayamos ya concretando la fecha de nuestro enlace.

Saludó rígidamente y se marchó, dejando tras de sí una atmósfera de espanto y consternación.

Cuando Kostar hubo salido, Octavia no se pudo contener y se colgó del cuello del joven, sollozando espasmódicamente.

—¡Oh, Buck, Buck! ¿Qué va ser ahora de nosotros?

Kealey procuró calmarla. Pero por dentro le hervía un infierno de ira. Aunque no amaba a Lutzia, había llegado, sin embargo, a apreciarla y le dolía el severísimo castigo que se le había infligido.

Bengson se plantó lleno de cólera.

—Tiene que haber un medio de deshacerse de esos salvajes. Usted estuvo en su ciudad submarina. Sabe cómo son y cómo viven. Nadie como usted está en condiciones para llevar a efecto un ataque fulminante y devastador, que no les permita responder con sus malditos cohetes. Si destruyéramos su centro nervioso, el resto sería cosa fácil.

—¿Cómo? ¿De qué manera? —respondió Buck, abriendo los brazos—. ¿Con las manos limpias?

Almeida extendió su dedo índice hacia Octavia.

—La señorita Glandale es su novia. ¿Permitirá usted que se la lleve un tipo repugnante como ese cerdo de Kostar? En lo que a mí se refiere, si yo estuviese en sus condiciones, preferiría estrangularla con ambas manos antes que permitir que la tocara ese sinvergüenza con la punta del dedo meñique.

Octavia le miró suplicantemente, pidiéndole con el gesto que hiciese algo por ella. Buck empezó a ponerse nervioso.

—No sé. No se me ocurre nada. Todo esto es tan difícil… no tenemos medios para lograrlo…

—Alguno tiene que haber, capitán —exclamó uno de los tripulantes—. Esos seres no son invencibles. Estoy seguro de que es posible encontrar una forma de derrotarlos de una vez para siempre.

—Piense, capitán —insistió Bengson—. Usted es el único que puede hacerlo. Ha estado con ellos, conoce mejor que nadie sus costumbres…

—Sólo fueron unas pocas horas y la mayor parte del tiempo me lo pasé combatiendo contra los pulpos —se excusó el joven.

—Algo es algo. Que yo sepa, es usted el único terrestre que ha estado allá abajo. Si eso no sirve para nada, entonces ya podemos darnos por vencidos.

Buck miró a la muchacha, la cual le contemplaba con gesto ansioso.

—No se me ocurre nada —exclamó—, pero lo pensaré. Trataré de hacerlo… —y de repente, sin más, dio media vuelta y huyó de la estancia como si fuera perseguido por una legión de mil diablos.

* * *

Cansado, exhausto de tanto andar, se sentó en la playa, a pocos

metros de la orilla, viendo brillar el agua bajo la luz de la Luna. No sólo estaba cansado de andar, sino de pensar, buscando vanamente una solución que le permitiera conseguir lo que tanto ansiaba.

Las olas batían mansamente contra la arena, en la cual abundaban los guijarros. Con gesto distraído, prendió fuego a un cigarrillo y con él en los labios, empezó a lanzar piedrecillas al agua.

La escena le trajo otra a la memoria, sucedida días antes en un paraje no lejano de aquel. Entonces estaba Lutzia y, como él, lanzaba guijarros al mar.

Recordó la frase que había pronunciado entonces la muchacha "aquatycense". Por un instante, Lutzia se había rebelado contra su propia condición.

«Quisiera que esta piedrecilla fuera una bomba que destruyera todos los mares».

Una sacudida eléctrica recorrió el cuerpo de Buck, que se irguió de golpe. Tiró el cigarrillo, en tanto que una expresión de esperanza iluminaba su rostro.

—¿Por qué no? —murmuró—. Una bomba que destruyera todos los mares. Pero no de la Tierra, sino de Aquatyc, por supuesto.

Ahora que se le había ocurrido la idea salvadora, los pensamientos surgían atropellados, encadenándose unos a otros. También Bengson había pronunciado una frase capital.

«Si destruyéramos su centro nervioso, el resto sería cosa fácil.»

¡Su centro nervioso! ¡Aquatyc, desde luego! Y sólo en Aquatyc se fabricaba el "hidrotyne", el alimento esencial de los hombres-peces. Cortando este suministro, los invasores tendrían que rendirse forzosamente. Su muerte sería terrible: por el hambre; pero ¿no merecían también ser castigados por los millones y millones de vidas cuyo hilo habían cortado sin provocación?

Una terrible excitación se apoderó de todo su ser. Ahora estaba seguro de cómo conseguir derrotar a los "aquatycenses". Sólo restaba encontrar los medios necesarios para ello… pero contaba con su fértil ingenio y el de sus tripulantes, ninguno de los cuales era tonto.

Octavia y su padre, Bengson, Almeida y los restantes, escucharon en silencio su plan. Era fantástico, descabellado; pero por ello mismo tenía ciertas posibilidades de triunfar, cosa que no

se hubiera conseguido actuando de un modo más ortodoxo.

—Tú, Ole —señaló al escandinavo—, irás a informarte de la hora y el día de la partida de la nave que lleva los condenados a Aquatyc. Almeida, encárgate de construir la bomba. Los demás, escuchad lo que tengo que deciros. Es muy importante actuar mancomunadamente y con la mayor reserva, o de lo contrario, todos nuestros esfuerzos se habrán ido al demonio.

Buck estuvo hablando durante largo rato, terminando de impartir sus instrucciones. Al concluir, miró a sus hombres.

—Vamos a jugarnos el pellejo —dijo—. Quizá no volvamos ya a la Tierra. Pero si el riesgo es grande, el premio lo es mayor todavía. Se trata de nuestra libertad y nuestra independencia... y de la eliminación para siempre de un adversario poderosísimo y ferozmente implacable, cuya destrucción hemos de intentar a toda costa.

Hizo una corta pausa.

—Si alguno siente miedo o no tiene deseos de arriesgar su vida, puede decirlo ahora mismo. Yo no se lo reprocharé y creo que los demás estarán de acuerdo conmigo. No es una obligación venir conmigo; sólo un deber de amistad... el que todavía tenga esos sentimientos hacia mí.

—¡Qué diablos! —exclamó el nervioso Bengson—. Prefiero que me corten el pescuezo de una vez antes que vivir en estas condiciones. Por mi parte, hecho, capitán, y vosotros, lo mismo u os arrancaré las orejas a mordiscos.

La pintoresca charla del ex segundo rompió la tensión existente. Todos rompieron a reír y, para celebrarlo, el padre de Octavia sirvió una ronda.

Más tarde, Buck y Octavia se quedaron a solas. Buck rodeó el esbelto talle de la joven con ambos brazos y la besó.

—No sé el tiempo que estaremos fuera —manifestó—. Pero quiero que a la vuelta seas mi mujer. Me acordaré de ti mientras estemos en el espacio...

—Ya lo creo que te acordarás —dijo ella, enlazándole el cuello con los brazos—. Como que me tendrás contigo a todas horas para recordarte las promesas de matrimonio...

—¿Eh? —se extrañó Buck.

—... y morir junto a ti si es preciso, pues ya no podría vivir

sabiendo que tú habías muerto —dijo Octavia con el calor del apasionamiento que sentía por Buck.

CAPÍTULO IX

El deseo de Buck era no encontrarse con Skipfer. Había abrigado la esperanza de que la nave volandera que habían capturado no les llevase a la estación orbital que comandaba Skipfer, pero el destino se negó a complacerles.

Precediendo a sus hombres y teniendo al lado a Octavia, Buck avanzó con paso rígido hacia las oficinas, a fin de despachar sus pases. Todos iban provistos de cascos de agua, aunque, naturalmente, vacíos del líquido vital para aquellos seres y su vestimenta era idéntica en un todo a la que éstos solían utilizar fuera del agua. Incluso se habían provisto de fusiles para aparentar mejor lo que no eran.

Habían conseguido todos aquellos efectos en audaces y atrevidos golpes de mano, asaltando a los confiados “aquatycenses” que paseaban descuidadamente por lugares solitarios. Octavia había servido de cebo en más de una ocasión, ostentando su atractiva figura para atracción de algún incauto soldado que se había dejado llevar por sus lindos ojos.

Naturalmente, lo primero que habían hecho era inutilizar el sistema individual de alarma, con el fin de impedirles llamar a la ciudad submarina. Una vez conseguido esto, el resto era fácil, incluso el sepultar los cuerpos de los hombres-peces muertos en parajes donde nunca pudieran ser hallados.

Buck sabía que los muertos serían echados de menos, aun cuando no dieran la alarma. Pero también sabía que era un riesgo preciso y se había enfrentado con él, hasta ahora victoriosamente. Suponía que ya habrían empezado las pesquisas consiguientes para hallar a los desaparecidos, pero esto era algo con lo que no habían contado los Consultores y el hecho de que nueve de sus hombres se hubieran convertido en poco menos que humo, forzosamente tendría que desconcertarles. Para entonces, Buck y los suyos

habrían triunfado… o muerto.

Aguardó a que le despacharan los pases. Confió por unos momentos en que todo saliera bien. La enorme mole de la astronave destinada al planeta misterioso se advertía junto a la estación orbital, triplicándola al menos en tamaño. Era algo gigantesco, colosal, como jamás había visto ninguno de los astronautas e infundía una sensación de fuerza y poderío abrumadores.

El encargado de la documentación devolvió al joven los nueve pases. Éste saludó y ya se iba a volver cuando, de pronto, una puerta se abrió a corta distancia.

Buck giró la cabeza. Skipfer salía por la puerta y se dirigía hacia uno de los burócratas.

—Kisthler, envíe a la Ciudad Submarina un resumen de…

Skipfer se interrumpió de pronto. Abrió una boca de palmo.

—¡Capitán Kealey! —exclamó, atónito.

Buck renegó en voz baja. Lo que tanto temía se había producido ya.

—¡Barredlos a todos, muchachos! —ordenó con voz tonante.

Bengson y los demás eran hombres audaces y resueltos. Sabían ya que no podían retroceder, que lo tenían todo perdido si no conseguían triunfar y, en consecuencia, entraron en acción.

Los fusiles de que se habían apoderado -y con los cuales habían efectuado ya algún entrenamiento- empezaron a funcionar, emitiendo vivísimos relámpagos verdosos, acompañados de secos chasquidos. Cada vez que uno de los proyectiles tocaba a un hombre-pez, éste se desplomaba fulminado por el efecto de la descarga.

Algunos trataron de huir.

—¡A los cascos! —recomendó el joven, dando el ejemplo.

Mató a Skipfer de un certero disparo y luego, avanzando resueltamente por en medio de aquella espantosa confusión, se dirigió hacia la estación de radio.

Alguno de los opresores intentó oponerse a su paso. Buck rompió un par de cascos a golpes y se arrojó en tromba hacia el cuarto de transmisiones.

El jaleo había trascendido allí. Buck pegó una patada a la puerta y cruzó el umbral, seguido de Almeida y otro.

Había varios “aquatycenses” sirviendo los aparatos de

transmisiones y detección. Fueron barridos con una serie de descargas de terribles efectos, que los derribaron por el suelo antes de que hubieran podido emitir la señal de alarma.

—¡Destrozad los transmisores! —ordenó el joven—. Almeida, tú ocúpate de la bomba. No hagas otra cosa.

Volviendo las espaldas, Buck y Almeida regresaron a las oficinas, pasando por encima de los cadáveres. Bengson y el resto les aguardaban allí anhelantemente, junto con Octavia.

—¡A la astronave, pronto!

Echaron a correr. Dos de los tripulantes protegían a Almeida, el cual iba cargado con un pesado maletín de inocuo aspecto, pero que encerraba la bomba que había de destruir un planeta. Lo difícil era llegar hasta él, pero Buck confiaba en lograrlo.

Dos soldados les salieron al paso, intentando detenerles. Bengson disparó sañudamente y los desgraciados cayeron al suelo, el uno sobre el otro. Franquearon el túnel estanco que unía la nave a la estación orbital y pasaron al interior de la misma.

—Bengson, llévate a dos de los hombres y actúa como está convenido.

—De acuerdo, capitán.

Buck se quedó junto a la esclusa de acceso. Esperaba a los dos tripulantes que se habían encargado de demoler la sección de comunicaciones. No tardaron en hacerse visibles.

—¡Todo listo, capitán!

—¡Adentro, pues! —exclamó.

Cerró la esclusa, desconectando el túnel de acceso, aunque dejándole abierta la compuerta de seguridad. El aire contenido en la estación orbital se escapó de inmediato al vacío. Si quedaba algún hombre-pez con vida, murió instantáneamente por efectos de la descompresión.

Conocían la distribución interna de la nave. Habían atrapado vivo a uno de los hombres-peces y le habían obligado a hablar. El recuerdo de lo que le habían tenido que hacer al desgraciado para desatarle la lengua, estremecía a Buck cuando lo recordaba; pero trataba de pensar en los millones de vidas que dependían de su acción para anular aquel desagradable hecho. No se arrepentía, ciertamente.

La astronave era inmensa, colosal. Su gesto rápido había hallado

desprevenidos a todos sus tripulantes, los cuales caían a medida que trataban de enfrentarse con los asaltantes. Sin embargo, la cosa hubiera resultado casi imposible de no haber sido por una afortunada circunstancia.

Un turbión de personas de ambos sexos, aullando frenéticamente, apareció de pronto por uno de los puentes. A la cabeza del vociferante grupo iban Bengson, con sus dos ayudantes... ¡y Goggles!

Bengson y los otros dos se habían despojado de los cascos que ya no les servían para nada. Al verlos, Buck y los demás les imitaron presurosamente.

—¡Estaba vivo, capitán! —gritó el segundo, alborozadamente.

Goggles casi le saltó al cuello.

—Capitán —exclamó, tremendamente conmovido—. Gracias, gracias.

—Mañana le correspondía el turno de ser intervenido —dijo Bengson—. Realizaban las operaciones aquí, en la misma nave. Después... pero mejor será que venga conmigo para verlo con sus propios ojos, capitán.

Los liberados se habían esparcido por todos los rincones del navío sideral. Gritaban salvajemente, eliminando despiadadamente a todos los "aquatycenses" que se encontraban al paso.

Buck y Octavia siguieron a Bengson. Subieron dos puentes y atravesaron un largo pasillo tendido sobre el vacío. Después salieron a una enorme habitación, cuyo aspecto les llenó de asombro.

Salvo la entrada, todos los muros de la estancia, de colosales dimensiones, eran transparentes y formaban un enorme cuadrilátero, en cuyo centro estaba el mirador de observación. Las paredes tenían unos doce metros de altura y el lado opuesto estaba lleno de agua... y de personas, algunas de las cuales nadaban perezosamente en el seno del líquido.

Había un tabique que apenas si se divisaba que cortaba en dos el singular habitáculo. En uno de ellos se veía una multitud de seres que permanecían sentados o tumbados en el suelo, en actitud resignada. Algunos de ellos portaban todavía sobre si las vendas con que habían sido cubiertas las heridas de su reciente intervención quirúrgica. Eran los desgraciados cuyos pulmones habían sido

transformados en branquias y que ya no podrían volver a la normalidad. Estaban destinados a vivir para siempre bajo las aguas en tanto les durase la vida.

Buck contempló con gesto misericordioso a aquellos desheredados de la fortuna. Meneó la cabeza, doliéndose de su suerte, pero diciéndose, al mismo tiempo, que pondría todo su empeño en impedir que aquella científica salvajada volviera a repetirse.

De pronto, la mano de Octavia se crispó sobre su brazo.

—¡Mira, Buck!

El joven volvió la vista.

—¡Lutzia! —exclamó, sin poder contenerse. Y, al instante, añadió—: ¡Filder!

Los dos citados estaban al otro lado del mamparo transparente. Había más, pero ninguno de los restantes parecía mostrarles una excesiva atención.

Lutzia hizo un gesto que el joven comprendió bien pronto.

—Bengson, busque dos cascos y entrégueselos.

—Sí, capitán.

Unos momentos más tarde, Lutzia y Filder se hallaban en presencia de Buck. El joven los saludó afectuosamente, lamentándose de la triste suerte que les había cabido.

—No te preocupes —dijo ella—. Nadie tiene la culpa sino yo. ¿Qué es lo que pensáis hacer ahora?

De pronto, un feroz griterío interrumpió la conversación apenas iniciada. Bengson salió fuera de la habitación.

Regresó a los pocos momentos con un individuo, que había conservado milagrosamente su casco, en cuyo disco de identificación se veía un triángulo de oro.

—Es el capitán de la nave —dijo el segundo—. Si no estoy al tanto, lo linchan. Claro que tienen razón, pero un hombre así es el que nos conviene y no iba a permitir que le causaran el menor daño. He tenido que descalabrar a algunos exaltados para conseguirlo.

—Has hecho bien —aprobó Buck. Se volvió hacia Lutzia—. Ahora sabrás lo que pretendemos hacer.

Se enfrentó con el comandante de la nave, enseñándole el cañón de su rifle.

—Capitán —dijo con tono contundente—, va usted a conducirnos a su planeta. Lo hará por su propio bien o, de lo contrario, le mataré aquí mismo como a un perro.

El “aquatycense” estaba demasiado abatido para oponerse.

—Sí... —tartamudeó—. Lo... lo haré... Lo prometo.

—Si es así —aseveró Buck—, le garantizo que respetaré su vida. Pero en el momento en que trate de engañarnos, el castigo será fulminante, ¿me ha entendido? Ole, tú te encargas de él.

—Conforme —contestó el segundo, enormemente satisfecho. Agarró por el hombro al aterrorizado hombre-pez y se lo llevó de allí—. Andando, tú.

—Entiendo lo que pretendes hacer —dijo Lutzia—. Pero veo muy difícil que lo consigas.

Buck la miró largamente en tanto se acariciaba la mandíbula.

—Una vez dije que no hay cosa que no tenga su punto flaco. Nosotros lo hemos encontrado. Aquatyc y sus habitantes no podían ser la excepción.

—¿Piensas destruir el planeta?

—Sí.

La afirmación cayó tajante, rotunda, provocando un denso silencio en el ambiente. Lutzia se le quedó mirando con ojos muy abiertos.

Intervino Filder.

—¡Lo veo muy difícil, capitán Kealey!

—¿Por qué, Filder?

—¿Qué medio piensa emplear para lograr sus propósitos? ¿Por ventura se ha traído a bordo los elementos necesarios para borrar un planeta entero del fondo del espacio?

Buck sonrió.

—¿Hubiéramos asaltado esta nave si no hubiera sido así? Es algo tan sencillo como el huevo de Colón. ¿Conocen ustedes la leyenda? Si lo desean, se la relataré.

—No es necesario —dijo Lutzia con despego—. No lo creeré hasta que no lo vea.

El joven se inclinó.

—Ver para creer, como dijo Santo Tomás. Espero convencerles con los hechos, mucho más que con las palabras. Y ahora, ¿desean algo de nosotros?

—¡Capitán!

Buck se volvió para mirar a Filder, que era quien había hablado.

—¿Sí? —dijo.

—Ustedes piensan destruir nuestro mundo. Al actuar de tal manera, ¿no se comportan mil veces más salvajemente que nosotros?

—Es posible —contestó Buck—. Sin embargo -usted mismo habrá de reconocerlo- toda posible ilusión de entendimiento se ha disipado ante el gesto de la Junta Consultora de degradarles a ambos por haber mostrado cierta blandura con un terrestre. Personalmente, me hubiera gustado mucho más el entendimiento por medio de unas relaciones, si no cordiales y afectuosas, sí al menos carentes de enemistad. Pero Kostar lo echó todo a perder con su actuación. Kostar —concluyó el joven— y quienes le ordenaron actuar de esa manera.

Filder inclinó la cabeza.

—Vistas imparcialmente —murmuró— sus razones son irrebatibles. ¿Qué hará después con todos nosotros?

—No tengo nada contra ustedes dos —dijo Buck displicente—. Por el contrario, les estoy muy agradecido. Son los únicos que mostraron cierta humanidad. Cuando regresemos de Aquatyc, les permitiremos que vivan en el mar.

—Si es cierto lo que dices —terció Lutzia—, lo veo muy difícil. ¿Cómo conseguiremos el “hidrotyne”, que es nuestro alimento principal e insustituible?

—Creo que nuestras algas marinas pueden sustituir con ventaja a ese “hidrotyne”. De todas formas, éste es un problema que habrá que considerar más adelante. Mientras tanto...

El ladrido de los megáfonos de a bordo le interrumpió repentinamente.

—¡Capitán Kealey! —Era la voz de Bengson—. Acabamos de captar un mensaje de la Tierra. Nos ordenan volver inmediatamente o de lo contrario nos destruirán. Dicen ellos, claro; yo no estoy tan seguro.

Buck miró en torno a él. Descubrió un micrófono adosado a la puerta y habló a través del aparato.

—¿Cuánto tardaremos en despegar?

—Cinco minutos escasos, capitán.

—¿Es preciso que nos sujetemos en literas antichoque?

—Ni hablar —contestó el segundo—. Este aparato está provisto de un anulador de los efectos de la aceleración. No se enterará tan siquiera de que hemos zarpado.

—Pues entonces hazlo cuanto antes. Un minuto de retraso puede sernos fatal. Almeida puede ayudarte, pero sin perder la bomba de vista, ¿estamos?

—Conforme, capitán. Ahora mismo doy la orden.

Buck se volvió hacia sus dos prisioneros.

—Lo siento —dijo—. Las circunstancias me obligan a mantenerlos en lugar seguro. Deberán volver a... a la piscina.

—Una actitud muy lógica, capitán —aceptó Filder frunciendo el ceño.

Lutzia calló. No dijo nada, pero devoraba al joven con la mirada, de tal forma, que Octavia llegó a sentirse incómoda.

CAPÍTULO X

M

enos mal que esto se acabará pronto —dijo Octavia.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Buck. Estaba muy ocupado efectuando unos cálculos a través del sextante celeste con el fin de comprobar la posición de la nave en el espacio.

—Me refiero a Lutzia y no te hagas el desentendido. Me comprendes muy bien.

Buck rió brevemente.

—¿Celosa?

Ella puso hociquito.

—En los últimos tiempos se ha humanizado un poco —se refería a Lutzia, claro—, pero, de todas formas, en cuanto hayamos vuelto a la Tierra la echaré al fondo del Atlántico. Su vecindad no me conviene, ciertamente.

—Ven aquí —dijo Buck, uniendo la acción a la palabra. Rodeó con el brazo el talle de la muchacha y se inclinó hacia ella—. No tienes que temer nada que no proceda de ti misma. Tú eres la única que...

—¿De veras? —dijo Octavia, abriendo mucho sus grandes ojos azules. Respiraba entrecortadamente.

—Palabra de honor —respondió Buck en tono muy bajo.

Fue a juntar sus labios con los de Octavia, pero en aquel momento sonó una voz.

—Capitán —dijo Bengson—, aunque sea indiscreción irrumpir en medio de sus efusiones amorosas, creo mi obligación decirle que tenemos ese maldito planeta a la vista.

Buck soltó a Octavia en el acto. Su rostro se iluminó.

—¿De veras? ¡Eso es estupendo! Vamos allá.

Tomó la mano de la joven y los dos salieron de la cámara en seguimiento del segundo.

Llegaron al puente de mando, grande, espacioso, de una amplitud tal como Buck no había soñado jamás que existiera. Por todos los lados había grandes lucernas que permitían una visión completa del espacio.

En uno de los lados de la cámara había un pequeño pero poderoso telescopio electrónico. Almeida estaba contemplando el panorama a través del ocular cuando ellos entraban y se apartó a un lado para permitirles utilizar el aparato.

El capitán de la nave se apartó a un lado, temeroso. Buck se situó tras el telescopio y estuvo contemplando el planeta a cuya destrucción acudían durante un buen rato. Luego se separó, dejando el sitio libre a Octavia.

Estaba hondamente impresionado, cosa que se reflejaba en su rostro al enfrentarse con Bengson y Almeida.

—Es fantástico —dijo—. Jamás habría supuesto que existiera una cosa semejante. Todo un mundo sumergido bajo las aguas.

—Y lo más curioso de ello es que, si se mira bien, podría decirse pertenece a nuestro sistema solar. Está a unos cuarenta y cuatro mil millones de kilómetros del Sol, en dirección a Alfa del Centauro, pero esta estrella aún se encuentra muchísimo más lejos —explicó el segundo.

Buck se acarició pensativamente la mandíbula.

—De no haber podido disponer de una nave como la que tenemos, nos habría costado infinito llegar aquí —dijo—. Los “aquatycenses” construyen aparatos capaces de alcanzar velocidades exorbitantes.

Bengson arrojó una mirada al indicador de marcha.

—La nave ha estado acelerando casi continuamente hasta más allá de la distancia de la Tierra a Aquatyc —manifestó—. El gráfico de marcha señala una curva ascendente, cuyo punto máximo rebasa ligeramente una décima parte de la velocidad de la luz, esto es, treinta mil kilómetros al segundo. Por lo tanto, ha habido días que hemos recorrido dos mil seiscientos millones de kilómetros.

—Lo cual nos ha permitido alcanzar Aquatyc en poco más de veinte días —dijo Buck, volviendo a mirar a través del telescopio—. ¿Cuál es nuestra marcha ahora?

Bengson se lo dijo. El joven meditó unos momentos.

—Debieras reducirla en un tercio.

—Aquatyc gira alrededor del Sol con una velocidad orbital impresionante —objetó el segundo—. Convendría equiparar la nuestra a la de ese planeta, a fin de efectuar el lanzamiento en óptimas condiciones.

—Una idea excelente, por supuesto. Te dejo a ti la ejecución de los detalles. ¿Almeida?

—Diga, capitán.

—¿Está preparada la bomba?

—Por supuesto. La hemos montado en uno de los proyectiles que lleva la nave, quitándole la espoleta de disgregación. Usted ya sabe; no nos conviene que al llegar a determinada altura se divida en otros doce. Basta con que lleve la bomba a la superficie de las aguas y…

—Entendido. Tenlo todo dispuesto para el lanzamiento apenas te lo ordene.

—Conforme.

Continuaron acercándose a Aquatyc. El aspecto del planeta era impresionante, aun contando con que no había otra luz en aquella parte del espacio que la que ofrecían las estrellas, con las cuales casi se confundía el Sol que brillaba a más de cuarenta mil millones de kilómetros de distancia. Resultaba extraño ver un planeta enteramente cubierto por las aguas, sin que se advirtiera en su superficie la menor irregularidad. Todo era liso, brillante en grado sumo, al devolver el océano que cubría la parte sólida de Aquatyc la luz de las estrellas, con la potencia y el fulgor de un colosal espejo.

De pronto Bengson emitió una voz de alarma.

—¡Capitán! —dijo—. ¡El radar detecta la presencia de naves extrañas en nuestra ruta!

Buck salió de detrás del telescopio, situándose ante la pantalla de radar. En los días que habían transcurrido desde su salida de la Tierra, había aprendido el manejo de aquella nave, cosa no extremadamente difícil si se tenía en cuenta que los fundamentos de la astronáutica “aquatycense” eran similares a los de la terrestre. Salvo las indicaciones de los aparatos, escritas en su idioma, de muchos de éstos habría podido decirse estaban construidos en la Tierra.

En la verdosa superficie de la pantalla se advertía un grupo de naves, ocho en total, formando un polígono regular de otros tantos vértices.

—¿Distancia? —preguntó.

Bengson se lo dijo. El joven se frotó el mentón.

—Nos cortan el paso —comentó—. Están a treinta o cuarenta mil kilómetros de la superficie de Aquatyc y destruirán nuestra bomba, apenas la hayamos lanzado.

Octavia le cogió del brazo con gesto aprensivo.

—¿Fracasaremos después de haber conseguido lo principal? —murmuró.

—Tiene que haber un medio para lograrlo —contestó Buck, pensando furiosamente.

Pero el tiempo pasaba y no daba con aquel medio por más que lo intentaba.

La nave continuó acercándose al planeta. Estaban ya a unos ochenta mil kilómetros de distancia y podía divisarse a simple vista, sin necesidad de aparatos ópticos.

De pronto, Almeida irrumpió en la cámara. Venía sumamente excitado.

—¡Capitán!

Buck se volvió vivamente hacia el ingeniero.

—¿Sí, Almeida?

—Goggles. Ha tomado una de las naves auxiliares y ha disparado un par de proyectiles “erizo”, lanzándose detrás de ellos para guiarlos. ¡Mire!

Buck, Octavia y Bengson corrieron hacia la lucerna más próxima. A través del espacio se divisaban tres rayas de color

intensamente verdoso, cuyo tamaño iba disminuyendo rápidamente a medida que se alejaban hacia el grupo de astronaves que les cortaban el paso hacia su objetivo.

De pronto sonó la radio.

—¡Capitán Kealey! —gritó Goggles.

Buck se precipitó sobre el micrófono.

—¡Goggles! —chilló—. ¿Qué está haciendo? ¿Me oye? ¡Vuelva acá inmediatamente! ¡Se lo ordeno, regrese en el acto!

Sonó una breve risita.

—Es ya tarde —dijo—. Estos micos nos cierran el paso y yo voy a echarlos a un lado… bueno, quiero decir que voy a enviarlos al infierno.

Buck tragó saliva. Comprendía las intenciones del experto en minería. Iba a morir matando.

No obstante, hizo un supremo esfuerzo por atraérselo de nuevo.

—Regrese, Goggles—dijo—. Hágalo por nosotros.

—No —contestó el aludido con tono firme—. No tengo a nadie que me espere a la vuelta. Esos canallas me dejaron solo. Voy a devolverles la pelota. —Hizo una corta pausa y añadió—: Capitán, cuando vea el estallido lance su bomba.

Octavia exhaló un gemido y se arrojó sobre el joven, ocultando su rostro en el pecho de Buck, cuyos ojos no podían separarse del punto en que suponía estaban las naves adversarias.

De pronto sonó una carcajada estridente.

—¡Ya los tengo, capitán! ¡Ya son míos! ¡Ahora vienen por mí! ¡Y yo hacia ellos! ¡¡Allá voooyyy… allá voooyyy…!!

El último grito de Goggles se transformó en un alarido bestial, salvaje, infrahumano, que llenó con sus dramáticos ecos todo el ámbito de la cabina. Bruscamente, el alarido se cortó por una seca explosión de una duración cortísima.

Frente a ellos el cielo se incendió con un fulgurante chisporroteo de todos los colores. La gigantesca traca duró escasamente diez segundos, no obstante, el espectáculo resultó impresionantemente trágico.

Pero Buck no permaneció mucho tiempo sumido en aquel dramático éxtasis.

—¡Almeida —gritó—, lance la bomba!

Éste contestó:

—Sí, capitán.

Unos segundos más tarde, otra raya de luz verdosa partía hacia el planeta maldito, situado ya a una distancia de menos de cincuenta mil kilómetros. Buck corrió a colocarse tras el telescopio, mirando a través del ocular.

Siguió con la vista la trayectoria de la bomba, hasta que su estela de fuego verde se hizo demasiado pequeña para divisarla aún a través del telescopio. No lejos de él, Almeida iba contando los segundos.

—Doce… once… ocho… siete… cuatro… tres… dos… uno… ¡¡Ahora!!

No ocurrió nada, en apariencia. Sólo se vio levantarse una pequeña nubécula de vapor de la superficie de las aguas, en el punto donde la bomba había hecho explosión.

La nube de vapor onduló perezosamente en el espacio durante unos segundos. Buck contuvo el aliento en ese tiempo, temiendo que su proyecto no hubiese dado el resultado apetecido.

Pero sus temores eran infundados. Súbitamente, la nube de vapor empezó a crecer. Crecía y crecía, extendiéndose por todas partes, con una velocidad inimaginable. En poco menos de tres minutos, el vapor cubrió toda la redondez del planeta, ocultando su superficie bajo un velo impenetrable.

Buck se tambaleó un momento a causa de la excitación que le había invadido. Pero enseguida se rehizo.

—Almeida, tráete a Lutzia y a Filder aquí. Bengson, haz que la nave baje lo más posible. ¿Podrás situarla a menos de un kilómetro de la superficie de Aquatyc?

—Por supuesto, capitán.

* * *

Lutzia y Filder hicieron su aparición en la cámara, minutos más tarde, cuando ya la astronave estaba sumergida en una densa e impenetrable masa de gases. La velocidad del aparato se había reducido notablemente, así como la altura que le separaba de la superficie del planeta.

El rostro de Lutzia expresaba claramente lo que pasaba en su interior. Buck sintió una infinita compasión por la joven, aunque procuró disimularlo.

—Siento mucho lo que hemos tenido que hacer —manifestó,

procurando dar un tono severo a su voz—, pero era necesario. Vuestro mundo ya no existe.

Lutzia se encogió de hombros, como dando a entender que todo le era indiferente. A su lado, Filder, muy interesado, preguntó:

—¿Qué es lo que han hecho ustedes, capitán? ¿Cómo lo lograron?

En aquel momento resonó la voz de Bengson.

—¡Altitud, trescientos metros, capitán!

—¿Puedes lanzar algún proyectil luminoso?

—Por supuesto. Ahora mismo.

Buck señaló con la mano la lucerna más próxima. Lutzia y Filder se acercaron a la misma.

Una luz se encendió bajo ellos, disipando las tinieblas que envolvían al planeta. Bajo la astronave, velada en ocasiones por algunas ráfagas de gases, se veía la superficie de Aquatyc, completamente enjuta, sin el menor rastro de líquido.

Lutzia exhaló un gemido de angustia. Filder, dominando la emoción que sentía, se volvió hacia el joven.

—¿Cómo lo han conseguido ustedes? —preguntó, y en su voz se notaba la admiración que le poseía a su pesar.

—Muy sencillo —contestó Buck—. Todo consiste, como ya he repetido hasta la saciedad, en hallar el punto flaco del enemigo. Y ustedes tenían uno: su medio vital. El agua. El agua, que está compuesta de dos elementos esenciales: dos partes de hidrógeno y una de oxígeno.

»En los laboratorios de física es corriente producir agua por medio de una chispa eléctrica cuando se juntan dichos elementos en la proporción conveniente. Esto es lo que se llama electrólisis. Nosotros hemos hecho lo mismo, sólo que a la inversa. Ahora el hidrógeno y el oxígeno forman parte principalísima de la atmósfera de Aquatyc. Nuestra bomba electrolítica separó dichos elementos, haciendo desaparecer así el agua que constituía su medio vital. A estas horas —concluyó el joven—, ya no existe nadie sobre la superficie del planeta.

La bomba lumínica era de larga duración. Desde la altura podían verse las ciudades de Aquatyc completamente muertas y el suelo del planeta absolutamente seco, como si jamás hubiera existido en él la menor gota de agua.

—Es preciso reconocer que nos han derrotado, capitán —murmuró Filder.

—Lo siento —murmuró el joven—. Pero era la única manera de...

Lutzia se volvió de pronto, saliendo de la estancia sin pronunciar palabra. Filder la miró un instante y luego volvió su rostro hacia el joven.

—Gracias por todo, capitán. Adiós.

—Adiós —murmuró Buck pensativamente.

Luego giró la vista hacia el planeta que yacía muerto a sus pies.

Dijo:

—Remontémonos, Bengson. Es preciso alejarnos de aquí cuanto antes.

—Sí, capitán.

La nave empezó a ganar altura. Octavia cogió una de las manos del joven.

—Ha sido terrible, Buck —musitó.

—Pero necesario. Ahora les hemos cortado a los "aquatycenses" que aún quedan en la Tierra su fuente de suministros. Tendrán que rendirse o perecer.

—¿Y si vuelven a lanzar bombas?

—No pueden seguir haciéndolo indefinidamente. Sus existencias de explosivos se agotarían y tendrían que rendirse igual, con la desventaja de que ahora ya no les perdonaríamos. Si se rinden cuando les enseñemos el "film" que hemos impresionado con la destrucción de su planeta, podrán salvar todavía la vida. En caso contrario... Ahora somos los más fuertes, no lo dudes.

—Sí —murmuró la muchacha.

—Pero, ocurra lo que ocurra, hay alguien a quien no pienso darle ninguna oportunidad. Kostar tiene que pagar lo que ha hecho —dijo el joven rabiosamente y Octavia no se atrevió a replicarle.

La nave empezó a ganar altura rápidamente, alejándose del planeta a gran velocidad. Inesperadamente, el suelo osciló bajo sus pies.

—¿Qué sucede? —gritó la muchacha, alarmada.

El megáfono sonó en el acto.

—¡Capitán! —gritó alguien—. Los "peces" han abierto las esclusas y se han lanzado al espacio.

—¡Qué! —gritó Buck, atónito.

—Los receptáculos con agua tenían compuertas que daban al exterior —siguió el tripulante—. Las abrieron y ahora todos están muertos. Los terrestres operados también.

Buck miró a través de la lucerna, donde empezaban a verse numerosos bloques de hielo flotando en torno a la nave, aunque alejándose de ésta con bastante lentitud. Entre los fragmentos de hielo en que se había convertido el agua de las piscinas, se veían numerosos cuerpos retorcidos en trágicas posturas por efectos de la descompresión. Algunos llevaban cascos y su piel era verde azulada, pero otros habían sido personas nacidas en la Tierra.

—Quizás haya sido mejor para ellos —murmuró el joven, refiriéndose a los terrestres—. En todo caso, eso ya no volverá a suceder.

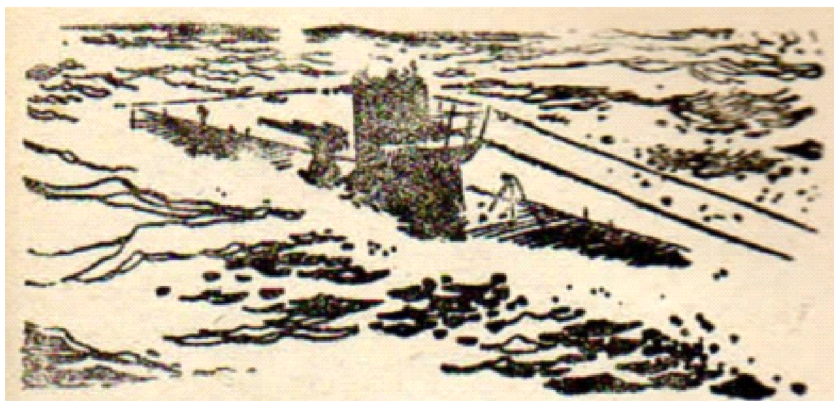
Luego meneó la cabeza. Suponía lo que había ocurrido.

—Lutzia no quiso sobrevivir a la derrota —comentó—. Estoy seguro de que fue ella, posiblemente de acuerdo con Filder, la que abrió las esclusas de las piscinas.

Octavia asintió en silencio, apretándose fuertemente contra el pecho de Buck. Permanecieron así largo rato, felices en medio de todo. Volvían a la Tierra, en busca de la luz y el sol, lejos ya para siempre de la pesadilla que durante aquel tiempo había oscurecido sus vidas.

Ahora tendrían la luz de su amor para iluminarles eternamente el camino de su existencia.

F I N



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas...

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares...

Aguardando la muerte en el fondo embarrado de una trinchera...

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER

COLECCIÓN

HAZAÑAS BÉLICAS

le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero...

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR

COLECCIÓN

HAZAÑAS BÉLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.



Escena de la película TERESA - Foto Metro Goldwin Mayer